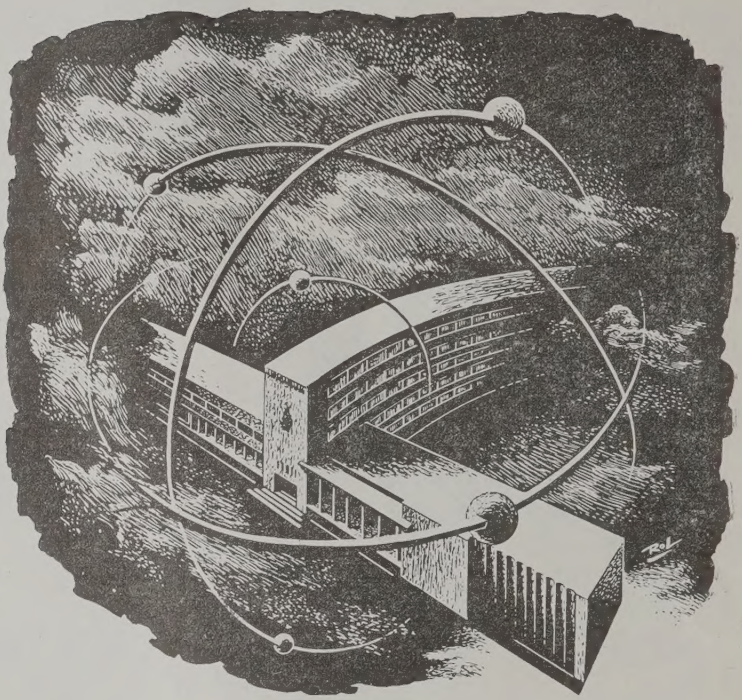
CADA BOLSA DE CEMENTO PORTLAND

El cemento portland San Martín contenido en sus características bolsas de 50 kilos, no sólo llena y excede todas las exigencias del Pliego Oficial de Condiciones, sino que supera cualquier requerimiento de la técnica constructiva. Los análisis, pruebas y ensayos que los Laboratorios Químicos realizan constantemente, día y noche, durante todo el proceso de su fabricación, aseguran la perfecta homogeneidad que caracteriza al cemento San Martín, desde hace más de un cuarto de siglo.

COMPAÑIA ARGENTINA
DE CEMENTO PORTLAND

Recoquista 46 - (R. 2). - Bs. As. - Sarmiento 991 - Rosario



MOLECULAS del PROGRESO...

Tales son las del petróleo. Y de ellas YPF extrae, merced a los esfuerzos de su Laboratorio de Investigaciones en Florencio Varela, las naftas mejores del país para los aviones y automotores que surcan los cielos y los caminos argentinos.

MINISTERIO DE INDUSTRIA Y COMERCIO DE LA NACION

YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES

ANALES

DE LA

SOCIEDAD CIENTIFICA

ARGENTINA

DIRECTOR: EMILIO REBUELTO

TOMO CXLIX

BUENOS AIRES

CALLE SANTA FE 1145

AÑO DEL LIBERTADOR GENERAL SAN MARTIN

1950

ACTO CELEBRADO EL 6 DE DICIEMBRE DE 1949, A LA MEMORIA DEL DOCTOR RAUL WERNICKE

PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL SEÑOR PRESIDENTE DE LA SOCIEDAD CIENTÍFICA ARGENTINA, ING. EDUARDO M. HUERGO

La Sociedad Científica Argentina siempre ha estado en contacto con los hombres de estudio, que dedican su tiempo y energía a prodigarse en las investigaciones de problemas científicos, y que no gustan del aparente halago de los homenajes, o de fiestas. Por eso es que pocas veces organiza actos para recordar la acción silenciosa de estos hombres de ciencia, porque teme y no desea perturbarlos en su trabajo.

Hoy, sin embargo, debe recordar a uno de ellos, y precisamente lo hace en momentos en que se siente de duelo, por la pérdida del Dr. Raúl Wernicke, desaparecido en circunstancias tan trágicamente dolorosas como fué el naufragio del Rastreador Fournier. Es el caso que este dolor, no sólo afecta a nuestra Sociedad Científica, sino también a todos los centros donde los hombres de estudio se reúnen para tratar de dar a nuestro país el fruto de sus afanes y desvelos.

La Sociedad Científica ha organizado pues este acto, para poner de manifiesto cuán grande es el significado de la pérdida del doctor Wernicke, a la par que elevarle el homenaje respetuoso del recuerdo, y aunque así lo resolvió, casi inmediatamente de conocerse la triste noticia, decidió dejar pasar un breve tiempo, para que la manifestación fuera serena y no apareciera como el fruto de un momento de exaltación que a veces es momentánea. Aquí no había tal premura, pues la personalidad del Dr. Wernicke lejos de esfumarse con el tiempo, se agranda al conocer más íntimamente los detalles de su vida de estudioso.

Para referir y destacar la personalidad del Dr. Wernicke, la Sociedad ha pedido al que fuera compañero de él, y en algunas oportunidades tal vez su consejero y en todo tiempo su amigo, el Dr. Abel Sánchez Díaz, para que la represente. Lo ha realizado, con el

convencimiento de que si algún halago le hubiera gustado recibir al Dr. Wernicke, habría sido sin duda que se lo dirigiera el Dr. Sánchez Díaz, con más de 40 años como miembro de la Sociedad Científica y vinculado a su acción directiva puede decirse desde hace casi 30 años, que fuera profesor en el Instituto Nacional de la Nutrición, en las Universidades de Buenos Aires y de La Plata, y que desempeñó el cargo de Decano en la Facultad de Química y Farmacia de esta última; ex-Director de la Oficina Química Municipal y vice-Presidente de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y por sobre todo, un hombre de ciencia.

A LA MEMORIA DE RAUL WERNICKE: UNA DOLOROSA VIBRACION COLECTIVA

POR EL DOCTOR

ABEL SANCHEZ DIAZ

El viaje aciago. — Impulsado por una gran afición a los viajes, conocía casi la totalidad de la República pero nunca había llegado a las zonas australes de la Patagonia; una oportunidad especial para visitar esa región llevó a Raúl Wernicke hasta los canales fueguinos embarcando en el rastreador Fournier en la capital de Tierra del Fuego, tras un viaje directo en avión hasta Río Gallegos, donde trasbordara a otro aeroplano menor que lo condujo a Ushuaia. Allí inicia una travesía que no pudo ser cumplida en su integridad; la fatalidad se interpuso y según las presunciones de los técnicos de la Armada, en la madrugada del 22 de septiembre una tragedia sin parangón en nuestra marina de guerra hizo desparecer, con todos sus tripulantes, al barco de la referencia. La búsqueda empeñosa de nuestros hombres de mar, con la cooperación de la armada chilena, en acto de afanoso interés y como función de servicio para la indisoluble hermandad tradicional, resultó infructuosa en el hallazgo de sobrevivientes; la inquietud del país entero y que trascendió más allá de nuestras fronteras, sacudido por una dolorosa vibración colectiva, poco a poco fué amortiguándose ante la realidad amarga de las noticias que llegaban: así perdimos al doctor Raúl Wernicke en aquella soledad inhospitalaria de los canales magallánicos, cuyas aguas le sirvieron de mortaja en el insondable sepulcro de la nave hundida.

Justificada recordación. — De la Sociedad Científica Argentina dijo su digno presidente pocos meses atrás, en acto público, que «la vemos prestigiosa, jerarquizada y firmemente afianzada en su misión de propulsora de la ciencia y la cultura» y bien pudo agregar

que siempre estuvo alerta y espontánea para tributar un aplauso y ofrendar un homenaje a quien fuere merecedor de manifestaciones de tal índole.

Por ello, la recordación que hoy celebra y que sus autoridades acordaron confiar a mi capacidad, que mucho más tiene de empeño que de competencia, y que no vacilé en aceptar por mi conocimiento que diría cabal de Raúl Wernicke, con quien me ligaba una amistad íntima y con quien desde hace treinta años juntos actuamos en muchas actividades relacionadas con nuestra profesión común. En efecto, en los congresos de química celebrados en el país desde 1919, como en los realizados en Montevideo y Río de Janeiro, unidos estábamos en las tareas de organización; en la comisión directiva de la Asociación Química Argentina durante algunos períodos; en las Conferencias Bromatológicas Nacionales, no sólo asistiendo a las convocadas en Santa Fe, Córdoba, Mendoza y Tucumán, sino concurriendo y quizás sin ninguna ausencia, a todas las reuniones de los comités ejecutivos; en la Facultad de Agronomía y Veterinaria, a cuyo personal de profesores pertenecíamos desde la misma época, treinta y cuatro años atrás; en la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales a la que juntos ingresamos el mismo día —13 de agosto de 1931— en sesión pública que presidiera aquel espíritu selecto que se llamaba Angel Gallardo, nuestro querido maestro, de cuyas manos recibimos el diploma que nos acreditaba en el carácter de académicos titulares, como juntos, en fin, en 1940, la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid nos distinguió con la designación de miembros correspondientes de la ya centenaria institución científica de la capital española.

Esos seis lustros de amistad invariable que con el correr de los años hacíase más leal y sincera, reforzada todavía con no pocos viajes que hicimos unidos, que no tuvo nunca alternativas ni atenuaciones y que había cobrado mutua y honda confianza para entrar dentro del marco de la más estrecha familiaridad, son el antecedente que exhibo ante ustedes a fin de justificar cómo me siento respaldado para hablar de quien nos ha abandonado de tan cruel manera. Y precisamente, por la forma de su desaparición, por cuanto él valía como hombre, como profesional y como amigo, por lo que significó para su familia, sus colegas y sus relaciones, por ese lastre de amargura que dejó en cuantos le conocimos, con una impresión que no se desdibuja en nuestra alma y con una tristeza que

está en la hondura de nuestro ser para acompañarnos con resignación, pero sin conformidad; por todo ello es que quiero que esta evocación mía tenga un carácter especial, un poco al margen de los homenajes análogos, para acercarnos más a él, para tenerle junto a nosotros, para representárnoslo en toda la amplitud de su vida, de su obra, de su simpatía, de aquella franqueza suya, de aquella modalidad de apariencia severa disimulando una bondad que en seguida se desbordaba porque su corazón no tenía dobleces, como no albergaba sentimientos mezquinos; porque quiero, en fin, que esta recordación posea todo el calor de nuestro afecto, todo el hálito de nuestra sensibilidad, yo pido que la escuchemos recogidos, con apasionada intimidad y que a lo largo de estas palabras mías, con la misma unción y el mismo recogimiento con que asistimos a un templo, así nos mantengamos hoy calladamente, que nada quiebre este silencio, que es el silencio que le rodea; que nada perturbe esta serenidad, que es la serenidad en que yace junto a sus hijos arrebatados todos por un solo, fatal y triste destino.

Los Wernicke en la cultura argentina. — A bordo del velero español « Moro Quintana », procedente de Hamburgo, en 1848 —se han cumplido los cien años— llegaba a las playas de Buenos Aires el joven alemán Roberto E. Wernicke, de 22 años, nacido en Kelbra, al pie del cerro Kyfhäuser; era hijo del director de la escuela del lugar y con su título de preceptor por sus estudios en Weissenfelds emprendió viaje a la Argentina por haber conocido en Düsseldorf a las familias de Altgelt y Bunge, vinculadas a nuestro país, dirigiendo aquí la primera escuela alemana creada entre nosotros y ayudándose como organista de la iglesia evangélica para subvenir a las necesidades materiales de su vida. Funda luego el Colegio Central con modernos métodos de enseñanza pero sin que un éxito pleno le acompañase; sumado ello a motivos de salud, se radica en Baradero como director de la Escuela de la Colonia Suiza que allí existía. Retorna después a su patria, instalándose con sus hijos menores en Eisenach y de vuelta en 1887 a la Argentina, fallece cuatro años después. « La Nación » del 27 de Enero de ese año 1881, al referirse en nota necrológica a quien « hizo el bien mayor que el hombre puede hacer: enseñar », según decía el diario, agregaba: « Tres generaciones de hombres de letras han sido iniciados en sus estudios por el bueno y modesto profesor Wernicke », quien cultivaba también aficiones por el dibujo, varios de cuyos

trabajos, por donación de sus hijos, hállanse incorporados a las colecciones del Museo Histórico Nacional.

El maestro Wernicke, abuelo de nuestro Raúl, fué el progenitor de un apellido que tiene alto significado en la cultura argentina. Nueve fueron sus hijos, todos ellos nacidos aquí salvo el último, Germán, que, oriundo de Alemania, vino de muy niño a Buenos Aires y siempre se consideró como nativo de este país. Roberto fué el mayor, el médico célebre, de nombre respetado, que se graduó en Alemania para revalidar su diploma en nuestra Universidad, señalándose por una prolongada actuación como catedrático de la Facultad de Ciencias Médicas; al término de ella, tras de dar su nombre a la sala 9ª del Hospital de Clínicas, la Universidad creó el título de profesor honorario que a él fué otorgado por primera vez. Otto, médico también, reputado oculista, dirigió durante muchos años el Hospital Oftalmológico de Santa Lucía y contribuyó a la formación y especialización de un selecto grupo de oftalmólogos que actúan hoy en nuestra capital. Edmundo, filólogo, profundo conocedor del griego y del latín, traductor público, historiador, fallecido recientemente, dejó una obra: «Historia de un portón de estancia», en la que con detalles de interés relata aspectos de la vida de campo, que él conoció durante los años que se dedicara a la explotación agropecuaria en la provincia de San Luis; Germán, abogado con estudio jurídico asociado a Le Breton y Meyer Pellegrini y organizador de una importante empresa de construcciones para vivienda. Augusto, por último, padre de Raúl, el único que se alejó de los estudios universitarios para dedicarse al comercio, a la explotación de maderas y otras actividades de esa índole para más tarde desempeñar las funciones de tesorero de la Universidad Nacional del Litoral, falleciendo en Rosario en el año 1934. No es de menor significación la actuación que cupo a las hijas de aquel maestro de escuela que tuvo la feliz inspiración de residir en la Argentina: Ana (sor Carlota, en la vida religiosa que abrazó) ingresó a la Cruz Roja de Sajonia, señalándose de tal manera que fué de la vinculación íntima de Alberto y Carola, reyes de Sajonia, falleciendo en Dresde, donde descansan sus restos; Julia, pintora animalista, que efectuó la primera exposición de aguas fuertes que se hizo en Buenos Aires y algunas de cuyas obras están en el Museo Nacional y en el de Bellas Artes de Santa Fe; María, la primera maestra del jardín de infantes que ejerció en Buenos Aires,

reconociéndole el Consejo Nacional de Educación el diploma que conquistara en el Instituto Fröbeliano de Weimar, la ciudad de Goethe; finalmente, Berta, la única que vive hoy de la vasta rama de los Wernicke, y a quien debo en buena parte esta información que ofrezco como referencia valiosa de los merecimientos intelectuales de esa familia: profesora primero, vicedirectora después, y luego durante muchos años, hasta su jubilación, rectora del Liceo Nacional de Señoritas, el nombre de Berta Wernicke está íntimamente ligado a la educación de muchas promociones de niñas argentinas que conservan de ella grato recuerdo por su rectitud, su bondad, su capacidad docente, su arrogancia, y que ella retribuye emocionada y feliz mientras cuida las plantas magníficas de su acogedor retiro de Beccar.

Privilegio de una generación. — Yo, que conocí a varios de estos cultores de la inteligencia y del arte entre nosotros y que integran un conjunto de muy alta jerarquía intelectual, como ya me hallo del otro lado de la cuesta de mi existencia, por la falda que desciende, me detengo a reflexionar sobre el período de vida que me ha tocado vivir y pienso en lo que estimo como un verdadero privilegio de mi generación. Desde los tiempos de Roca y Mitre conocí a los grandes presidentes desaparecidos, a esos hombres sencillos que se mezclaban con el pueblo recorriendo a pie las calles de nuestra mucho más reducida ciudad de entonces; ante quienes, al cruzarlos, nos descubríamos reverentes y cuya obra de afianzamiento de la joven república no desconocemos ni olvidamos los argentinos. En el campo de las ciencias exactas, físicas y naturales en el que hice mi formación universitaria, aquí, en esta vieja Sociedad Científica Argentina, que ya festejó los 77 años de su fundación, cómo no mencionar algunos de los presidentes que conocí, varios de los cuales llegué a tratar: Luis y Eduardo Huergo, abuelo y padre, respectivamente, del actual presidente, que integra así una digna tradición en esta casa; Guillermo White, el ferroviario de alta figuración; Estanislao S. Zeballos, el de brillante inteligencia; Balbín, Carlos Berg, Carlos María Morales, Candioti, Francisco P. Moreno, fundador del Museo de La Plata y viejo conocedor de nuestra vieja Patagonia, cuando no se la recorría con las facilidades de que hoy se dispone, el ya citado Angel Gallardo, Agustín Alvarez, Vicente Castro, Bahía y otros más que en épocas diferentes tuvieron a su cargo la dirección de los destinos de esta

Institución, poseídos de una reputación merecida en distintos aspectos de nuestra cultura. Y cómo no he de citar con exaltación de tiempo viejo a Florentino Ameghino que da nombre a esta sala y cuyo retrato fiel la preside, el ilustre naturalista, cultor de la geología y palentología, que se inicia en su niñez por la curiosidad que le inspiran unos caracoles que recogiera en las barrancas del río Luján, en la villa en que nació y que después de cumplir una actividad quizás sin precedentes muere con la aureola del sabio; mi recuerdo con exaltación de tiempo viejo responde a que en su librería « El Glyptodon », en la calle Rivadavia, frente al entonces teatro Doria, ahora Marconi, compré yo mis primeros cuadernos para hacer « palotes » y mi primera pizarra, con esponja suspendida de un hilo y lápiz « manteca », materiales que el propio Ameghino vendía y entregaba a los que nos iniciábamos en la escuela infantil y a quien, conversando en La Plata en 1910, refería yo con satisfacción estos detalles que se han grabado en lo más recóndito de mis viejas impresiones.

Frente a tantos nombres de quienes fueron y ya no son, la falange de los brillantes jóvenes de hoy, posteriores a mi época y a mis estudios, los que en una u otra forma y rama científica siguen el ejemplo que con desinterés y sabiduría ha señalado entre nosotros Bernardo A. Houssay, mi querido condiscípulo, con dedicación generosa a la enseñanza, a la experimentación y a la ciencia y a quienes no nombro pues que varios de ellos me escuchan, trabajando algunos al lado de quien recordamos su memoria; pero yo celebro sus trabajos y triunfos con íntimo regocijo y hasta vanidoso, porque siento el orgullo de admirarlos y aplaudirlos, porque, ajenos a oportunismos accidentales, son como una esperanza hecha realidad y porque de ese modo, consolidan el legítimo prestigio intelectual argentino.

Es por todo ello, por ese conjunto de acontecimientos que se desenvuelven en el decurso de mi vida es que creo que a mi generación cupo un período de privilegio.

Sucesivos estudios de Raúl Wernicke en Rosario, Buenos Aires y Berlín. Su formación intelectual. — El 28 de septiembre de 1888 vino Raúl Wernicke al mundo en la ciudad de Rosario. Cursó allí las primeras letras en el Instituto Argentino, en el Colegio Alemán y en otro colegio que se llamó de la Asociación del Profesorado, cuya historia tiene interés por lo que él significó y por la influen-

cia que tuvo en la formación de Wernicke. El Colegio Nacional de Rosario contaba con un buen conjunto de profesores, muchos de ellos salidos de las aulas de la famosa Escuela Normal de Paraná y figurando entre ellos don Pío Puiggari como catedrático de Química y que habría de ser más tarde quien orientó a Raúl hacia los estudios que siguió en su paso por la Universidad; esos profesores comprobaron que los alumnos que llegaban a la ciudad santafecina, procedentes de muchas escuelas primarias del interior del país, tenían una preparación harto deficiente para emprender los estudios secundarios y asociándose, entonces, crearon aquel colegio de la Asociación del Profesorado; lo pusieron bajo la dirección de Estanislao L. Pando, uno de los más brillantes egresados de la escuela de la capital entrerriana y sin propósitos de lucro, inspirándose en la idea de prestar un servicio a la cultura de aquellos niños, cumpliendo una obra generosa cuyo reconocimiento bien vale la pena dejar sentado aquí como un ejemplo, ya que la oportunidad es propicia. Allí estudia Wernicke y como él, muchos de los jovencitos de esa época se señalaron más tarde por su actuación ulterior mostrando cuánto influyó en el espíritu de ellos la benéfica enseñanza recibida y evidenciando, una vez más, qué valor tiene una adecuada instrucción en la preparación de los hombres del porvenir.

En 1900 ingresa al Colegio Nacional de Rosario, donde se distingue por sus características de inteligencia, contracción al estudio y buen compañero, según referencias directas que tengo de dos condiscípulos suyos en aquellos tiempos, el doctor Rodolfo N. Luque y don José Santos Gollán, figuras de alto relieve en los círculos periodísticos de hoy; concluído su bachillerato, permanece por dos años en Rosario en situación delicada y penosa: una enfermedad a la vista hacía pensar en la posibilidad de que no pudiese continuar sus estudios. Un período de atención y reposo, sin lecturas, pone fin a esa zozobra y así pudo todavía desempeñarse como ayudante de Física en aquel Colegio Nacional y, brevemente, como ayudante también en la Oficina Química Nacional de la misma ciudad, para venir a Buenos Aires en los comienzos de 1907 con el objeto de iniciar los cursos del doctorado en Química, terminados en 1912, con brillantes calificaciones y diploma de honor. En las aulas halló a Alfredo Sordelli, otro inteligente estudiante que logra para sí la medalla de oro otorgada al ex-alumno de las más elevadas clasificaciones, trabando con él muy estrecha amistad y compañerismo.

La Universidad tuvo entonces una iniciativa feliz: la de obtener del Ministerio de Justicia e Instrucción Pública la institución de becas de perfeccionamiento para sus graduandos sobresalientes, que tan eficaces resultan para complementar e integrar la preparación de los jóvenes universitarios y que se han revelado como estudiosos en la enseñanza superior. Correspondió una al flamante doctor Sordelli y por especiales antecedentes del doctor Wernicke, también a él le fué concedida otra de aquellas becas y allá marchan hacia Alemania, en 1913, para no defraudar el propósito inspirador de la gracia que se les brindara: sus éxitos en las clases y los exámenes de la carrera habían de ser seguidos después por los muchos conquistados a lo largo de su actividad profesional.

Wernicke se incorpora a la Universidad de Berlín y trabaja con el renombrado profesor Nernst, siguiendo cursos de los profesores Eucken, Hahn, Franck y otros, sobre temas de Física, Química, Termodinámica, etc., y reúnese allí con otros becarios de la Universidad Nacional de La Plata, especializados en Física, los doctores Ramón G. Loyarte, Teófilo Isnardi y José B. Collo, que unidos a Sordelli y Wernicke forman un grupo reducido de argentinos que crearon entre sí los más grandes y puros afectos, para significarse todos ellos por su labor científica y docente entre nosotros.

Como consecuencia de esa obra, con el andar de los años, los cinco compañeros de Berlín volvieron a reunirse en nuestra Academia Nacional de Ciencias Exactas Físicas y Naturales, a la que todos ingresaron en oportunidades diferentes y uno de ellos, Isnardi, preside hoy la Corporación. El doctor Loyarte, que fué presidente de la Universidad Nacional de La Plata, director de su Instituto de Física, diputado nacional y presidente del Consejo Nacional de Educación, fué el primero que nos abandonó en esta vida; ahora Wernicke continúa con la desintegración de ese grupo selecto que sufre un nuevo desgarramiento en la sólida amistad que los unía.

Las preliminares agitaciones de la guerra de 1914 apresuran el regreso de Wernicke y vuelto a Buenos Aires, amparado por sus tíos Otto y Berta, como lo fuera durante su época de estudiante para hacer de esa casa su segundo hogar, ya le tenemos definitivamente formado y frente a un porvenir incierto pero que debía serle promisorio por el capital, la decisión y la energía que él aportaba. Sigámosle un poco en lo menudo del desenvolvimiento de su existen-

cia, que tantas facetas de interés nos ofrece para el recuerdo cuando asistimos a la antítesis de la mutación brusca de una vida esencialmente dinámica que pasa a una forma de absoluta ausencia, que pone fin a sus días y al goce espiritual de conservarle entre nosotros. Su vida fué áspera en los comienzos; hijo de sus obras, haciendo siempre su propia economía, debió afrontar los gastos suyos y algunas exigencias familiares con el fruto de su trabajo, que nunca es de remuneraciones amplias para los recién iniciados. La atención simultánea de una cátedra de Física y Química en la Escuela Normal de Lomas de Zamora, la de una de Matemáticas en el Liceo Nacional de Señoritas y una jefatura de trabajos prácticos en la Facultad de Ciencias dan idea de la actividad multiforme que debía desarrollar en aquellos comienzos y que le exigían una gran dedicación; reuniría, sí, una suma moderada pero suficiente, mas era muy fatigante el esfuerzo que se le reclamaba para cuidar, con la dignidad con que él lo hacía, el desempeño de esas actividades, diversas en la materia y en el lugar. Por aquella época conoce a Martha Quaintenne, es su novia y contrae enlace el 22 de diciembre de 1917: comienza así una nueva etapa de felicidad para su vida. Es que nuestro Raúl era de un temperamento sumamente cariñoso, afectivo y suave, que la apariencia no mostraba en su real intensidad; la constitución de su hogar le abrió de par en par las puertas de una bienaventuranza que habría de acompañarle en el resto de sus días. En ese aspecto su Martha, nuestra querida amiga Martha, a la que tanta estimación le alcanza por sus cualidades personales y que tanto reconocimiento le debemos por la dicha que proporcionó a nuestro compañero dilecto, supo siempre interpretar y alentar la vida de trabajo, proyectos y aspiraciones de su esposo. Yo, como antes dije, conocí la honda intimidad de sentimientos de Raúl y puedo revelar ese matiz recóndito de su sentir pues que en muchas oportunidades escuché de sus labios el cariño que guardaba para los suyos, acrecido en los últimos tiempos con la llegada de sus nietos. Su deleite era la familia, el reunirlos a todos en torno a la mesa hogareña; era como un premio que se daba al ver realizada la obra de su casa, construída sobre pilares de la más sólida y recia moral y levantada a costa de no escasos sacrificios. Es que de lejos veníale ya su condición de jefe de familia; al perder a su buen padre, sin ser el mayor de sus hijos, fué Raúl quien le reemplazara en la dirección y consejo de esa casa, concentrando

sus cuidados en su santa madre que durante bastantes años vivió en las sombras que todo el día tuvo para ella y a quien solícitamente atendiera hasta que se extinguieron los ojos del alma, mucho después de haberse apagado los ojos del rostro.

Modesto, sincero, expansivo, con algún frecuente desaliño en su persona pero con la aristocracia interior de la rectitud, del pundonor y de la nobleza, ajeno a las envidias, extraño a los odios, alejado de toda mezquindad, vivió trabajando y estudiando siempre para estar al día en los conocimientos relativos a su especialidad: seguía el consejo de Ortega y Gasset cuando, sin citarlo, alude al esfuerzo que se necesita para cuidar «la aceleración de las cosas nuevas que hacen que el siglo XIX sea estático con respecto al siglo XX».

Temperamento bondadoso, siempre inclinado a la condescendencia, a la tolerancia, hay en sus últimos días una comprobación que patentiza esa manera de ser. El 18 de septiembre escribe a su esposa la carta postrera, fechada en Río Gallegos, cuando había efectuado ya el recorrido desde Ushuaia y en la víspera de embarcarse de regreso a la capital fueguina, en la travesía de la tragedia; la carta nutrida, fluida, como siempre eran las suyas, con detalles e impresiones, plena de optimismo y satisfacciones, no sólo traduce sus tiernas modalidades habituales sino que agrega que el día anterior, en una iglesia humilde, pobre, como quería él que fuesen las iglesias para estar acordes con su modestia, sin oropeles, sin frivolidades, había asistido a misa con su hijo Julio y tenido presente en sus oraciones a la compañera insustituible de su hogar. Ese es un claro testimonio de su ductibilidad de carácter: Julito, el muchacho de excepción, que en su corta existencia únicamente conoció simpatías y expresiones sanas y nobles porque su corazón era de una pureza tal que difícil sería superársele, tenía encendida una profunda fe religiosa y aunque el autor de sus días militaba como católico, no era cultor regular de los ritos pertinentes, pero la moderada influencia del hijo fué llevándole poco a poco a cumplir con los deberes de la Iglesia y así, por su condición de indulgente y flexible, dió Raúl a su mujer en las horas del desaliento y la desesperanza esa prueba consoladora ante Dios: la tuvo presente en las que el destino quiso que fuesen sus últimas oraciones...

Fué un estudioso para asimilar y comunicar las cuestiones científicas, pero además un lector asiduo de asuntos que tenían atinen-

cia con su cultura general: amante de los temas de arte, fué conocedor de la música y en ocasiones, ejecutante en el violín. Bordeaba ya los 61 años, había pasado sin duda para él la edad florida de su existencia transcurrida sin protocolos ni ficciones, pero se nos fué en pleno goce de su vigor mental, cuando había centralizado su labor en el Instituto de Física de la Facultad de Agronomía y Veterinaria y en su biblioteca particular, preparando allá algunos trabajos experimentales y de investigación, ordenando en ésta estudios sobre la historia de la física y de la química, evolución del conocimiento sobre los coloides y otras materias relacionadas con las ramas científicas de su preferencia. En este mismo año su corazón tuvo dos motivos de sentida aflicción: en el mes de Julio, cuando el destino nos arrebató súbitamente al colega y compañero muy querido Dr. Felipe A. Justo, y pocos días después, el 3 de Agosto, la muerte de su tío Edmundo le afectó dolorosamente.

No pudo alcanzar la consagratoria plenitud que se logra con el retiro de la acción porque se hallaba en plena actividad, pero como grande era ya la obra realizada, el juicio laudatorio que merece es unánime con sólo medir los jalones marcados en una carrera mantenida con inflexible voluntad para llegar a una jerarquía que le colocaba en los más altos planos de la química argentina; el insigne escritor cubano José Martí dijo que «la ciencia es muro de escarpadísima roca, en que el renombre viene cuando la vida se va», pero Wernicke no necesitó aguardar ese instante de la partida para conquistar plenamente la señalada posición que tenía en los dominios de nuestra ciencia nacional.

Maestro de vocación. — Wernicke, dadas sus cualidades personales y las que heredara de sus ascendientes, según antes referí, tenía verdadera vocación por el profesorado, que ejerció desde su regreso de Berlín hasta los días de su desaparición. Fuera de su desempeño en la enseñanza secundaria y normal y algún curso desarrollado en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, su campo de acción fueron la Facultad de Agronomía y Veterinaria dictando la cátedra de Física durante treinta años consecutivos, y la de Física Biológica en la Facultad de Ciencias Médicas por un período de 26 años, a contar de 1922, materia para la que escribió un libro de texto que alcanzó cuatro ediciones; por ello, enorme es la cantidad de médicos, ingenieros agrónomos y veterinarios que le conocieron y recibieron sus enseñanzas. Puntual para sus clases, las

que frecuentemente acompañaba con demostraciones experimentales para seguir el principio de Bacon de que la ciencia se basa en la experiencia y que la observación de ésta facilita el conocimiento de aquélla, tocóle desarrollar una rama científica que, en general, no contaba con disposición favorable o afición predispuesta de parte de los alumnos, lo que unido a cierta severidad en las pruebas porque así lo imponía el régimen universitario de los estudios, daba por resultado una proporción a veces algo elevada de exámenes insuficientes y con ello, la malquerencia o escasa simpatía de parte de no pocos estudiantes; mas, cuántas veces he tenido oportunidad de oir a ellos mismos, al cabo de años, egresados ya de las aulas universitarias, que reconocían espíritu de justicia en las clasificaciones recibidas, aunque les hubiesen sido desfavorables, pues Wernicke era incapaz de salirse de las severas normas de equidad y rectitud que se imponía. Puedo agregar un detalle más: integré con él en varias ocasiones tribunales examinadores y cuando entrábamos a clasificar y considerábamos la posición más riesgosa, la de dictaminar si un alumno podía ser aprobado o no, resultaba fácil inclinarlo hacia lo primero si algún aspecto satisfactorio había tenido en su general insuficiencia la prueba del examinando. Tenía un alto concepto de la docencia univesitaria y de la función formadora de la Universidad; por tal razón, en los consejos directivos de las Facultades y en el seno del Consejo Superior sostuvo siempre con ahinco los rígidos principios en que se basan las normas esenciales que rigen las casas de estudio, poniéndole más de una vez en la situación de discutir con quienes suelen olvidar esos preceptos básicos y se inclinan a propiciar o consentir desviaciones que podrán llevar a éxitos inmediatos o a benévolas situaciones de excepción pero que, en definitiva, resultan perjudiciales para la seriedad de los estudios superiores o para la obligación de mantener un criterio definido y único en la aplicación de disposiciones estatutarias.

Aptitud para funciones directivas. — Quince años de labor como jefe de la Sección Físico-Química Biológica del Instituto Bacteriológico, a donde lo llevara el profesor Krauss, siguiendo después durante la dirección del doctor Sordelli, mostraron su capacidad para funciones directivas, asociadas a un plan de trabajos de investigación; de allí, en el año 1934 pasó a ocupar la dirección del Instituto de Química del Departamento Nacional de Higiene donde desarrolló una tarea eficiente pero que, desgraciadamente, por las

atenciones burocráticas y el desempeño de múltiples comisiones derivadas del mismo cargo, en el que cesó en 1947, se vió desviado de la senda de los estudios de investigación que tanto le atraía.

En la Sociedad Argentina de Biología, en la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, en esta misma Sociedad Científica Argentina, en el Consejo Escolar de su parroquia de Belgrano, como miembro permanente del comité del Instituto de la Universidad de París en Buenos Aires, en la preparación de los congresos de química, en jurados para adjudicación de premios o para formación de ternas de profesores universitarios, en la importante misión cumplida como interventor de la Facultad de Ciencias Médicas, primero, y de la de Agronomía y Veterinaria, después, cuyo vicedecanato ejercía últimamente, etc., dió acabada muestra de sus aptitudes para tareas directivas o de organización y como hombre de consejo, pero estábale reservada la Asociación Química Argentina, de la que era socio fundador, para desarrollar allí la mayor suma de trabajo. Durante veintiún años consecutivos integra su comisión directiva, de los que doce (en seis períodos completos) como presidente, y cinco en calidad de vicepresidente; entre sus iniciativas merecen citarse la realización bienal de las Sesiones Químicas Argentinas, cambiadas luego en Rioplatenses, con participación de los colegas uruguayos; la suscripción para la compra del edificio propio destinado a la sociedad, idea que por varias circunstancias no llegó a materializarse pero que se mantiene latente y que demandó una gran actividad; el viaje que universitarios y profesores, en 1926, bajo los auspicios de la Asociación llevaron a cabo a Alemania y Austria, dirigido por él como presidente, y que con el apoyo del Nordeutscher Lloyd permitió la visita de institutos científicos y de enseñanza, fábricas, museos, etc., para recoger una impresión de la Alemania artística, intelectual e industrial. Además, como reflejo de su dedicación entusiasta tocóle dirigir la evolución de la sociedad, que difundiendo entre los profesionales y estudiantes las finalidades de la institución, transformó a la Asociación de reducido número de miembros de antes en la entidad que supera hoy a los dos mil asociados, cifra que por sí sola traduce la importancia de aquella transformación.

Las orientaciones predilectas en la investigación científica. En lo que atañe a la labor científica, digamos desde ahora que en las aulas universitarias se sintió atraído por los estudios físico-quí-

micos, especialización que no abandonaría ya en el transcurso de su vida profesional, encaminándose hacia la biología porque pronto se dió cuenta del amplio campo de acción que tenía ante sí en los múltiples problemas que se planteaban para los biólogos, que necesitaban recurrir a aquellos principios en su afán de interpretación y progreso de la ciencia de la vida; cuánta razón tenía el doctor César E. Pico cuando hace más de veinte años, en una publicación médica llamaba la atención de los profesionales argentinos del arte de curar, sus colegas, incitándoles a que estudiasen fenómenos químicos y físico-químicos, según se señalaba como tendencia universal para desentrañar la oculta verdad en las investigaciones de las ciencias biológicas. Wernicke siguió esa senda con constancia, entusiasmo y competencia, produciendo más de cincuenta trabajos publicados, conservándose algunos inéditos; dispuso para ello de cualidades especiales: su inteligencia, sólidos conocimientos, una clara capacidad inventiva y de interpretación, habilidad manual para el manejo de aparatos y trabajo en material de vidrio y, como coronamiento de todo ello, su temperamento afable, comunicativo, alegre. Pocos son los trabajos que realizara él solo; sabía bien de las ventajas que ofrece la obra en colaboración y da patente prueba la larga nómina de quienes figuran en unión suya en sus publicaciones: Sordelli, Reichert, Modern, Deulofeu, Savino, Scotti, Morera, Dortzembach, Dankert, Biraben Losson, Mendive, Bambino, Guerrero.

No he de seguir minuciosamente a Wernicke en esta faz científica de su vida: a ella refirióse recientemente, en forma general, el Dr. Modern, que trabajó a su lado durante quince años seguidos, en el acto rememorativo que celebrara la Asociación Química Argentina, y el Dr. Deulofeu se ocupará en detalle del mismo tema en la sesión que nuestra Academia Nacional de Ciencias dedicará a su memoria en la iniciación de sus reuniones del año próximo, según lo tiene ya resuelto. Pero como no puedo dejar de lado esa faceta de su producción, me concretaré a señalar las tres orientaciones principales de ésta y en las que sobresalió con particular relieve: la oligodinamia, la purificación de sueros antitóxicos y la obtención de aurosoles.

En 1921 publica con Alfredo Sordelli en los Anales de la Asociación Química Argentina su primer trabajo relacionado con la oligodinamia, con observaciones sobre activación del agua destilada por el cobre metálico y sus óxidos. Desde que Naegeli creara el concepto

de la «acción oligodinámica» para puntualizar la influencia tóxica de ciertas sales metálicas en soluciones extremadamente diluídas, mucho se escribió sobre el tema y una bibliografía nutrida se agrega al final de ese trabajo, incluyendo las referencias que ya entonces había hecho Bado entre nosotros cuando efectuaba la adición de sales de cobre en muy pequeñas cantidades al agua de consumo para destruir las algas que obstruían las cañerías domiciliarias. Las investigaciones de Wernicke y Sordelli tendían a hallar una explicación científica y experimental sobre la manera de actuar de ciertos metales que como el cobre, la plata y el mercurio, eran agentes germicidas; no pocas fueron las hipótesis lanzadas y ellos se concretaron a estudiar el caso del cobre, que tiene reacciones de gran sensibilidad, como la de Röhmann Spitzer (parafenilendiamina y alfanaftol, en medio alcalino), reveladora de la presencia de cantidades ínfimas del metal, del orden de 10^{-12}, comprobando que la activación del agua destilada, o sea la influencia bactericida, era consecuencia de la disolución iónica del metal. Proseguidos estos estudios con la plata, fueron varias las contribuciones de Wernicke y colaboradores, ideando aparatos y dispositivos especiales que se registran como originales y se los ha citado en libros extranjeros.

La purificación de sueros antitóxicos, que en buena parte estudió con Modern para solucionar problemas que interesaban prácticamente al Instituto Bacteriológico, a cuyo personal técnico ambos pertenecían, sirvió para aplicar dispositivos de electrodiálisis y de electrósmosis que, como los fenómenos de electroforesis, tanto preocuparon la atención de Wernicke dentro del vasto capítulo de los coloides. La electrodiálisis del suero antidiftérico de caballo para separación fácil y cuantitativa de las proteínas activas e inactivas; la purificación del suero anticarbuncloso; la aplicación del hidrato de aluminio y otras técnicas para purificación de suero antidiftérico, etc., representan un conjunto de pacientes trabajos de laboratorio dentro de este grupo de investigaciones.

En lo que se refiere a la obtención de oro coloidal por el método de Zsigmondy reduciendo con formol las soluciones diluídas de sales de oro en medio alcalino, acontecía que no eran constantes los resultados en la preparación de aurosoles, variando con las características del agua destilada empleada; los trabajos llegaron a la conclusión de que habría de operarse con agua en condiciones óptimas de pureza, a la que debía dejarse estacionar en recipientes apro-

piados durante varias semanas antes de ser utilizada, pero nunca se aclaró qué efecto tenía tal estacionamiento. Aborda Wernicke el asunto y tras largas investigaciones pudo probar que dicho estacionamiento del agua era eficaz si tiene lugar en contacto con el aire ambiente, lo que permite, precisamente, vulnerar aquella absoluta pureza tan aconsejada introduciendo vestigios de impurezas en el agua que la hacen apta para el logro de buenos aurosoles, lo que había pasado inadvertido hasta entonces a los experimentadores que le precedieron; son muy curiosos los detalles de tales ensayos, en los que se evidencia la acción que ejercen diversas sustancias reductoras, como el hidrógeno sulfurado, sulfuro sódico, óxido de carbono, etc., incorporadas al agua bidestilada en cantidades casi infinitesimales para conseguir los más coloreados y regulares aurosoles, formando así un conjunto de trabajos de importancia muy señalada.

Wernicke ocupóse también de la preparación de la insulina, estudiando su acción sobre la reserva alcalina y el pH de la sangre, siendo de justicia consignar que fué entre nosotros uno de los primeros que aplicó el criterio y la notación de Sörensen para expresar la acidez de las soluciones mediante el uso de ese valor de pH, de concentración de hidrogeniones, tan difundido hoy que es de uso corriente entre médicos, químicos, agrónomos, veterinarios, etc.

Por esa larga actuación docente, su desempeño en tan diversas funciones directivas y el conjunto de trabajos de laboratorio, acreditando los valores reales de su vasta personalidad, mereció Wernicke que se le nombrase socio honorario o correspondiente de las entidades químicas de Brasil, Uruguay, Perú y Colombia, manteniendo con ellas las más cordiales vinculaciones. Y esos mismos antecedentes explican que ahora, frente a su pérdida en las circunstancias conocidas, se exteriorizasen los sentimientos de pesar en las recordaciones que han ido sucediéndose desde el mes de octubre: las honras decretadas por la Facultad de Agronomía y Veterinaria, de las que ya se cumplió el severo funeral en la Iglesia Catedral: el homenaje de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias, de la Sociedad Argentina de Biología a través de las palabras de Venancio Deulofeu, de la Academia Nacional de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, el celebrado por la Asociación Química Argentina en el salón del Colegio Nacional de la Universidad y que se significó por su profundo sentido emotivo; la recordación que el Dr. Boerger hiciera en el Instituto Fitotécnico de La Estan-

zuela (Uruguay) en el acto inaugural de una reciente asamblea de agrónomos, con asistencia del señor Presidente de la república hermana, don Luis Batlle Berres; la placa de bronce descubierta ayer en el vestíbulo del Instituto de Química y ofrendada, en nombre de los empleados, por el director del Instituto Bacteriológico, doctor Savino, y este acto de hoy dispuesto por las autoridades de la entidad que nos reúne.

. Evocación final: brillazón de gloria (1). — Raúl Wernicke: Desde su salón Ameghino, la Sociedad Científica Argentina ha evocado tu memoria y cuantos estamos en él, puestos de pie, mostrando con ello como un deseo de elevarnos y aproximarnos a tí, salvando la lejanía que nos separa, nos hemos entregado a tu recordación para vivirte en nuestra vida, para que no dudes de que seguirás a nuestra vera y en la hondura de nuestro espíritu mientras que para todos y cada uno de nosotros, allá en lo alto, alumbre una estrella o resplandezca el sol.

Tu ascensión fué el principio del dolor que nos embargara, del pesar que no se extingue y de la congoja que dominó nuestros sentimientos más íntimos. Pero para nuestro consuelo, en la espesura de la noche en que descansas, en la sombra que vela tu reposo y el de los tuyos y en la nube que oculta la quietud y el silencio del sueño que no acaba, hay como un rayo de luz que rasga toda esa oscuridad, hay como el clarear de una alborada que nos muestra, nítida y franca, tu figura y tu alma: es el amanecer de la gloria, de esa gloria tuya que, grande o pequeña, callada o resonante, te pertenece porque la conquistaste con la caballerosidad de tus armas, te dignifica porque realza intrínsecos merecimientos y te enaltece porque nunca te preocupaste de buscarla; es la gloria con que Dios paga las virtudes de los hombres buenos y patentiza, además, que en tu paso por la tierra creando afectos y engendrando amistades perdurables, hiciste obra útil y supiste mostrarte con dignidad, con honor, con sencillez, como para que tu nombre no se borre y quede asegurada la perennidad de tu recuerdo...

(1) Al llegar a esta altura de su exposición, dijo el doctor Sánchez Díaz que renovaba su deseo de que se mantuviese el pleno silencio hasta entonces observado y rogaba que los presentes quisieran acompañarle de pie para escuchar su evocación final; toda la concurrencia, que llenaba la sala, así lo hizo.

LA SUBFAMILIA *OXYCARENINAE* STAL EN LA ARGENTINA, CON LA DESCRIPCION DE UNA ESPECIE NUEVA (*HEMIPTERA, LYGAEIDAE*)

POR

NICOLAS A. KORMILEV

Museo Argentino de Ciencias Naturales « Bernardino Rivadavia »

La subfamilia *Oxycareninae* Stal tiene representantes en el mundo entero. En las Américas, hasta ahora, son de nuestro conocimiento solamente dos géneros: *Crophius* Stal y *Oxycarenus* Fieber, el primero es específicamente americano y el otro, muy rico en especies, está distribuído en los cinco continentes.

El género *Crophius* Stal (1874) tiene trece especies, a las cuales puedo agregar una especie más, procedente de la Argentina. De estas catorce especies, nueve pertenecen a la fauna norteamericana, dos a América Central y tres a la fauna sudamericana. La primera especie argentina fué descrita por Berg (1879: 285) como un género y una especie nuevos: *Aneuropharus leucocnemis* Berg, procedente de Buenos Aires. Para este género Berg creó una subfamilia nueva *Aneuropharinae*, pero pronto (1884: 56) cayó el nuevo género y la nueva subfamilia en los sinónimos del género *Crophius* Stal y subfamilia *Oxycareninae* Stal, respectivamente. Esta especie de Berg, descrita sobre un ejemplar (♂), del cual el mismo autor dice después, que fué una excepción, porque tenía los nervios muy poco desarrollados y los fémures anteriores casi sin dientes, quedó desconocida a los otros autores, quienes se ocuparon en los *Oxycareninae* americanos. Van Duzee (1910: 391) y Barber (1938: 313), al hacer la revisión del género *Crophius* Stal, mencionaron que no conocen la especie de Berg.

La mayor parte de las especies del género *Oxycarenus* Fieber pertenecen al viejo mundo, solamente una especie *Oxycarenus fasciatus* Fieber (1851) fué descripta del Perú y dudo si en verdad pertenece a este género y no es una especie del género *Crophius*

Stal? Hace unos treinta años que fué importada del viejo mundo la especie *Oxycarenus hyalinipennis* Costa (1838). La primera noticia de su aparición en América fué dada por Costa Lima (1922: 110); señala que ataca al algodonero, dañando las semillas. Después, varios autores anotan sus progresos en el Brasil. Bosq (1940: 405) señala que fué encontrada por Denier al Norte de la Argentina, en los territorios de Chaco y Formosa, y en el Paraguay, atacando y dañando también al algodonero. En el mes de marzo de 1949 la encontré en la provincia de Salta (departamento Orán, Urundel), y un ejemplar tengo de Bolivia, Río Bermejo Tarija (♂).

Encontré la nueva especie en los alrededores de Buenos Aires, en San Isidro. Posteriormente recibí del señor Juan M. Bosq, algunos ejemplares más, y en la colección nacional de la sección Entomología del Museo Argentino de Ciencias Naturales de Buenos Aires, encontré algunos ejemplares cazados por los señores Manuel J. Viana, Juan Daguerre, J. Brèthes y Weiser, todos procedentes de la provincia de Buenos Aires y unos de la provincia de Santa Fe, Fives Lille.

La nueva especie representa un interesante caso de modificación de los hemiélitros, el primero entre las especies del género *Crophius* Stal: el clavo es muy alargado, con larga comisura clavi; el corio es convexo, enormemente desarrollado, cubriendo el abdomen por completo, con larga comisura corii; la membrana, por el contrario, es muy reducida habiendo perdido totalmente los nervios o, raramente, los últimos están representados con finas líneas interrumpidas, un poco infuscadas. Las alas faltan por completo. Solamente en un ejemplar, entre más de treinta que tuve a mi disposición, he podido encontrar una membrana más desarrollada, con cuatro nervios simples, ferruginosos. La comisura corii de este ejemplar es más corta que lo normal, pero siempre del largo del escutelo.

El largo de los hemiélitros y, como consecuencia el largo de las comisuras clavi y corii, es muy variable, pero los hemiélitros siempre son muy convexos y cubren el abdomen por completo. La largura de la comisura clavi varía desde 1 ½ hasta 2 ½ veces más que la del escutelo y la misma de la comisura corii desde 2 hasta 2 ½ veces más que la del escutelo. Generalmente, la comisura corii es más larga que la comisura clavi, más sólo el ejemplar con la membrana más desarrollada, ésta es igual a la largura del escutelo. Por el contrario, el tamaño de la membrana es muy constante, y está reducida a un pequeño triángulo sin nervios.

Por su aspecto general, la nueva especie se parece más a un coleóptero que a un hemíptero, por eso la llamo *Crophius coleopteroides* n. sp. (Fig. 1). *Crophius coleopteroides* n. sp. es aliada a *Crophius leucocnemis* Berg (1879) con la que coincide en la forma

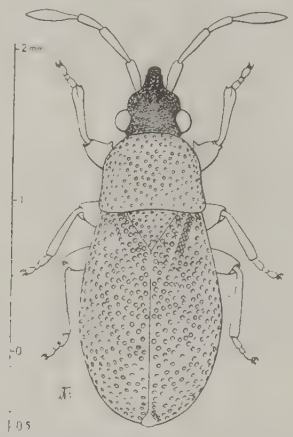


FIG. 1. — *Crophius coleopteroides* n. sp.,

de la cabeza, coloración y presencia de pelos cortos, fuertes, truncados y de color blanco sobre todo el cuerpo, como también en el área de distribución, provincia de Buenos Aires. Por otra parte, la especie nueva se distingue de *Crophius leucocnemis* Berg por el tamaño, generalmente más pequeño, el rostro más largo, el mesos-

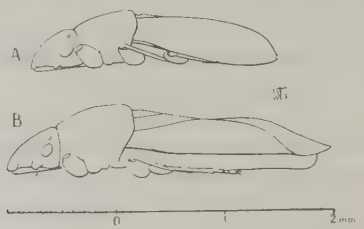


FIG. 2. — A) *Crophius coleopteroides* n. sp., ♂. B) *Crophius leucocnemis* (Berg), ♂.

terno es perceptiblemente más corto y la posición de las coxas es diferente: en la especie nueva las anteriores están aproximadas a las medianas casi en la misma distancia que las medianas están de las posteriores, la proporción es 4:3; en *Crophius leucocnemis* Berg

las medianas están acercadas a las posteriores y las anteriores están muy adelantadas, la proporción de la distancia es 9:4. El pronoto en la especie nueva es menos estrechado anteriormente y menos inclinado hacia adelante (Fig. 2).

La descripción de Berg de *Crophius leucocnemis* es bastante escasa y no satisface más, por eso doy a continuación una redescripción de esta especie.

Agradezco al señor Carlos A. Wappers, dibujante del Museo Argentino de Ciencias Naturales, por el celo y prolijidad con que ha efectuado los dibujos.

Crophius coleopteroides n. sp.

Cabeza triangular, un poco más larga que ancha (23:22) (*), arriba ferruginosa, debajo parda, fuertemente puntuada, casi rugosa. El tilo es muy largo, abierto, un poco más largo que las jugas. Las jugas son largas, paralelas y altas; las búculas forman un surco, que ocupa $^4/_5$ del largo de la faz ventral de la cabeza. Rostro largo; alcanza hasta las coxas medianas (♂) o hasta el margen anterior del metasterno (♀); la base está colocada en el surco bucal, la parte medial es libre y el ápice está colocado en

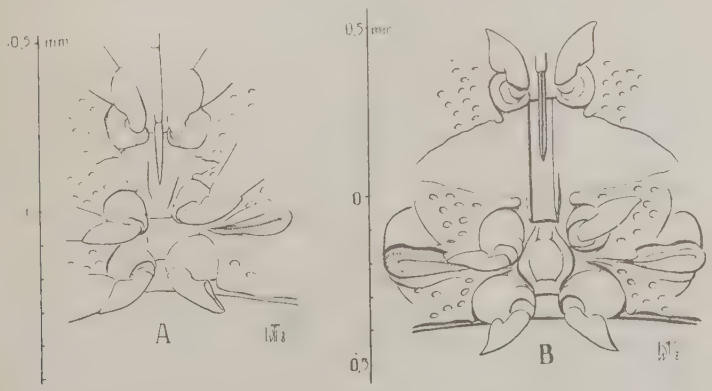


FIG. 3. — A) *Crophius coleopteroides* n. sp., ♂, colocación de las coxas.
B) *Crophius leucocnemis* (Berg), ♂ colocación de las coxas.

(*) Todas las medidas están tomadas en proyección vertical, solamente el largo de la cabeza y el de la comisura corii resultan como largos máximos, porque en varios ejemplares representan líneas de inclinación variable.

el surco mesosternal. La proporción de los segmentos rostrales, desde el primero hasta el cuarto, es: 10:13:9:11. Tubérculos antenníferos bien desarrollados, obtusos y dirigidos un poco hacia abajo. Las antenas son un poco más largas que la cabeza y el pronoto juntos. Proporción de los segmentos antenales, desde el primero hasta el cuarto: 10:14:8:16. Ojos bastante grandes y redondeados, no alcanzan hasta el margen anterior del pronoto. Ocelos pequeños, unicolores y difíciles de distinguir, colocados cerca del margen interior de los ojos.

Todo el cuerpo está cubierto con pelos cortos, truncados y blancos.

Pronoto de forma trapezoidal, convexo, adelante estrechado, más ancho que largo (31:32), lateralmente redondeado, con ángulos laterales redondeados y una depresión transversal cerca de los ángulos laterales. El color del pronoto y los hemiélitros es blanco sucio, con muy fuerte puntuación parda; el pronoto anteriormente tiene una banda transversal amarillo-ocrácea y posteriormente algunas manchas pardas.

FIG. 4 — *Cropius coleopteroides* n. sp., tibia anterior; *a*) peine.

Escutelo triangular, un poco más ancho que largo (14:12), con una depresión fuerte transversal cerca de la base; de color pardo o castaño.

Hemiélitros largos y anchos, muy convexos, cubriendo el abdomen por completo. Clavo muy largo, con larga comisura clavi. Corio muy largo también, ancho, convexo, con larga comisura corii y estrecha llanta horizontal alrededor lateralmente. En el ápice del clavo se ve una mancha parda, muy característica y varias otras,

difusas, en el corio posteriormente. En el ápice del corio, del lado interior, está colocada la membrana, reducida a un triangulito, apicalmente redondeado, sin nervios, blanca y generalmente con una mancha ferruginosa en el medio. Excepcionalmente la membrana tiene los nervios infuscados, simples. Los hemiélitros son paralelos, pero las membranas se cruzan una sobre otra.

Pro-, meso- y metasterno pardos; pro-, meso- y metapleura también, la última, posteriormente es achatada y alargada hacia atrás, blanca y cubriendo el segundo segmento ventral casi por completo. Meso- y metasterno con un surco longitudinal en el medio. Prosterno profundamente puntuado; meso- y metasterno en el medio sin puntuación o con muy poca.

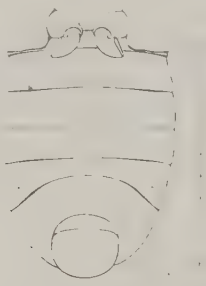


FIG. 5. — *Crophius coleopteroides*, n sp. ♂, abdomen, vista ventral.

Acetábulos anteriores bastante hinchados, de color ferrugíneo claro; acetábulos medianos y posteriores menos hinchados y de color blanco; todos fuertemente puntuados.

Orificios odoríferos colocados entre el meso- y metapleura sobre una elevación alargada, apicalmente curvada, con surcos estrechos y bastante largos.

Coxas cilíndricas, ocráceas, colocadas una cerca de la otra y separadas solamente por el rostro o surco meso-metasternal, respectivamente. Las coxas anteriores están colocadas casi a la misma distancia de las medianas, que estas últimas y las coxas posteriores, la proporción es: 4:3 (Fig. 3*a*). Trocánteres triangulares, alargados, ocráceos. Fémures anteriores engrosados, un poco deprimidos, pardos y con una espina fuerte anteapical anteriormente; los otros fémures son inermes. Tibias anteriores cilíndricas, basalmente fuertemente curvadas, apicalmente dilatadas y con borde longitu-

dinal interiormente, terminándose con una espinita blanca. Apicalmente entre esta espina apical y la base del primer segmento tarsal está colocado un peine blanco, un poco cóncavo, dispuesto para limpiar los órganos sensoriales de las antenas. Tibias blancas, basalmente infuscadas y con algunas filas de cerdas blancas y pelos finos dispersos entre estas filas. Tarsos cubiertos con cerdas más largas; el primer segmento es más robusto, blanco, el segundo más delgado, blanco también, el tercero pardo o ferrugíneo. La proporción de los segmentos tarsales es: 4:2:3 (medida tomada inferiormente sobre los tarsos posteriores). Las uñas simples, arolios largos y apicalmente achatados.

Abdomen pardo, sin puntuación, pero con los tuberculitos setígeros, más numerosos lateralmente y sobre los segmentos genitales.

La diferencia entre el macho y la hembra es en tamaño, el primero es un poco más pequeño, y en la puntuación de los hemiélitros, los cuales en el macho tienen las filas de la puntuación irregulares, y las hembras, arreglado en filas distintas; después, los nervios del corio de los machos, a veces, son menos distintos.

	♂♂	♀♀
Largo total	2,2 - 2,5 mm	2,4 - 3,0 mm
Pronoto, ancho	0,7 - 0,8 mm	0,8 - 0,9 mm
Abdomen, ancho	0,9 - 0,9 mm	1,1 - 1,2 mm

Holotipo: ♂, San Isidro, Provincia de Buenos Aires, Argentina, N. A. Kormilev leg. 26. VI. 48, en la colección nacional de la sección Entomología del Museo Argentino de Ciencias Naturales, bajo el Nº 49.926.

Alotipo: ♀, Tigre, Provincia de Buenos Aires, Argentina, M. J. Viana leg. Nº 49.927 del Registro mencionado (M. A. C. N.).

Paratipos: 7 ♂ y 15 ♀: 1 ♂ Tigre, Provincia Buenos Aires, Argentina, M. J. Viana leg.; 6 ♂ Buenos Aires, Argentina, J. Daguerre leg. 1932; 12 ♀ Buenos Aires, Argentina, J. Brèthes leg. 1922; todos los arriba mencionados en la colección nacional del M. A. C. N. bajo los Nos. 31.327, 49.927, 49.928 y 49.929; 2 ♀, provincia de Buenos Aires, Argentina, J. M. Bosq leg., en la colección Bosq.

CROPHIUS LEUCOCNEMIS (Berg) (1879)

1879. *Aneuropharus leucocnemis* Berg. Hemip. Argen.: 285.
1884. *Crophius leucocnemis* Berg. Add. et Ement. Hem. Arg.: 56.
1894. *Crophius leucocnemis* Lethierry & Severin, Cat. Gén. Hém. II: 186.
1910. *Crophius leucocnemis* Van Duzee, Bull. Buf. Soc. Nat. Sc. IX: 390.
1921. *Crophius leucocnemis* Pennington. Lista de los Hem. Het. de la Rep. Argentina, II: 19.
1938. *Crophius leucocnemis* Barber, Jour. N. Y. Ent. Soc., XLVI: 313.

Por su aspecto general y coloración se parece bastante a *Crophius coleopteroides* n. sp., pero se puede fácilmente distinguir por los hemiélitros normales, con la membrana grande y con los nervios ramificados.

Generalmente es más grande que la especie precedente y de coloración más viva: partes del cuerpo blancas son más claras y las manchas de color pardo más oscuro. Cabeza un poco más ancha que larga (23:22), de color ferrugíneo claro, indistintamente puntuada, casi rugosa; tilo ocráceo. Antenas del mismo largo que la cabeza y el pronoto juntos. Proporción de los segmentos antenales, desde el primero hasta el cuarto: 14:11:8:16. Rostro más corto que en la otra especie y alcanza solamente hasta el medio del lóbulo anterior del mesosterno (♂), o hasta el margen anterior de las coxas medianas (♀); proporción de sus segmentos, desde el primero hasta el cuarto: 10:12:9:9 (♂) y 11:13:11:11 (♀).

Pronoto más ancho que largo (51:27), lateralmente regularmente convergente hacia adelante, sus ángulos anteriores no son desarrollados; ángulos laterales obtusos y redondeados, margen posterior recto (♂) o un poco escotado (♀); de color blanco, con ancha banda transversal testácea sobre la parte anterior y con varias manchas ocráceas posteriormente; la puntuación parda muy fuerte.

Escutelo más ancho que largo (20:14), pardo oscuro, basalmente con una fuerte depresión transversal; fuertemente unicoloro puntuado.

Hemiélitros bien desarrollados, más largos y más anchos que el abdomen, transversalmente convexos y con una llanta, un poco inclinada, en el margen lateral del corio. Clavo distintamente más corto que en la otra especie, su comisura solamente $^1/_3$ más larga que el escutelo; exteriormente perceptiblemente separado desde el corio con una depresión sutural recta; lateralmente el clavo tiene

dos filas regulares de la puntuación e interiormente dos o tres más, irregulares. Corio ancho y largo, posteriormente aguzado, transversalmente convexo, blanco y con dos nervios elevados, algunas veces bifurcados, basalmente blancos y posteriormente pardos; con varias

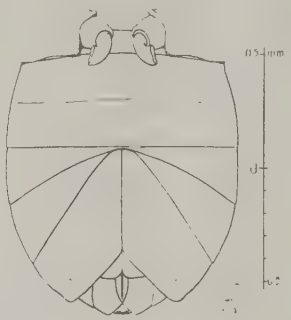


FIG. 6. — *Orophius coleopteroides* n. sp., ♀, abdomen, vista ventral.

manchas pardas en el medio y posteriormente; con muy fuerte puntuación, la base del corio blanca y posteriormente parda. El ápice del clavo tiene una mancha más o menos circular, parda. Membrana

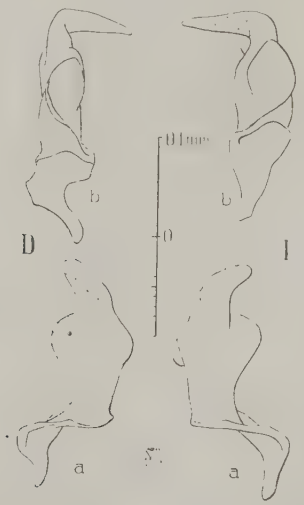


FIG. 7. — *Orophius coleopteroides* n. sp., ♂; D - clasper derecho: *a*) vista lateral, *b*) vista dorsal; I - clasper izquierdo: *a*) vista lateral, *b*) vista dorsal.

bien desarrollada, blanco sucio con cuatro nervios ramificados de color pardo (Fig. 2 *b*).

Prosterno parecido al de *Crophius coleopteroides* n. sp., pero el mesosterno es distintamente más largo y dividido en dos lóbulos: el primero es convexo, sin puntuación, colocado entre el margen posterior del prosterno y las coxas medianas; el segundo lóbulo está colocado entre las coxas medianas. Ambos lóbulos con un profundo surco medial, en la parte anterior del surco está colocado el ápice del rostro. La colocación de las coxas es diferente de la otra especie: las coxas anteriores están más de dos veces más alejadas de las coxas medianas, que estas últimas y las posteriores (9 : 4) (Fig. 3 *b*).

La coloración del cuerpo en la faz ventral es la siguiente: la cabeza y el prosterno son pardo oscuros con la puntuación fuerte, unicolor; meso- y metasterno pardo oscuro también, pero sin puntuación; pro- y mesopleura pardas; metapleura parda, posteriormente blanca; acetábulos blanco sucio, los anteriores un poco más oscuros; puntuación unicolor. Abdomen pardo.

Las patas son semejantes a las de *Crophius coleopteroides* n. sp.

	♂♂	♀♀
Largo total	3,1 mm	3,2 - 3,4 mm
Pronoto, ancho	1,0 mm	1,0 - 1,1 mm
Abdomen, ancho	1,1 mm	1,2 - 1,3 mm

Holotipo de Berg: ♂, Buenos Aires, Argentina, D. Enrique Lynch leg., en el Museo de La Plata; mal conservado.

Alotipo: ♀, Buenos Aires, Argentina, J. Brèthes leg. 26.6.1922. bajo el N° 49931 del Registro de la colección nacional en la sección Entomología del Museo Argentino de Ciencias Naturales.

Homeotipo: ♂, Tigre, Buenos Aires, Argentina, M. J. Viana leg. VIII. 1948, bajo el N° 49430 del Registro mencionado (M. A. C. N.).

El Alotipo y Homeotipo fueron comparados con el Holotipo de Berg.

CLAVE PARA LA DETERMINACION DE LAS ESPECIES ARGENTINAS DE LA SUBFAMILIA *OXYCARENINAE* STAL

1. — Rostro largo, por lo menos alcanza hasta la base del abdomen; sutura clavi más corta que el escutelo; fémures anteriores multispinosos.....
gen. *Oxycarenus* Fieber
Oxycarenus hyalinipennis Costa.

— Rostro más corto, alcanza solamente hasta el medio del mesosterno o hasta el borde anterior del metasterno; sutura clavi más larga que el escutelo; fémures anteriores con una espina anteapical..... gen. *Crophius* Stal. 2.

2. — Hemiélitros muy convexos; membrana reducida, sin nervios o con nervios simples, no ramificados; mesosterno corto; coxas anteriores alejadas desde las medianas casi a la misma distancia que estas últimas desde las posteriores .... *Crophius coleopteroides* n. sp.

— Hemiélitros menos convexos, membrana normal, con los nervios ramificados; mesosterno largo; coxas anteriores más de dos veces más alejadas desde las medianas, que estas últimas desde las posteriores ..... *Crophius leucocnemis* Berg.

SUMMARY

Author had found near Buenos Aires one new species of the genus *Crophius* Stal, which was named *Crophius coleopteroides* n. sp., because is very like a coleopter. Hemelytra are very convex, with long sutura clavi and sutura corii and completely cover the abdomen; membrane is reduced to a small triangle and generally is without nerves, rarely with simple ones, not ramificate.

Key of the argentinian species of the *Oxycareninae* and redescription of the species *Crophius leucocnemis* (Berg) are given.

BIBLIOGRAFIA

Barber H. G., 1938. « A review of the genus Crophius Stal », Jour. N. Y. Ent. Soc., XLVI: 313-319.

Berg C., 1879., « Hemiptera Argentina », Buenos Aires: 316.

— , 1884, « Addenda et Emendanda ad Hemiptera Argentina », Buenos Aires: 213.

Bosq J. M., 1940, « Lista preliminar de los Hemípteros », Rev. Soc. Ent .Arg. X. (5): 405.

Costa A., 1838, « Cimicum regni Neapolitani Centuriae, I: 45.

Fieber F. X., 1851, Rhynchotographien, drei monographische Abhandlungen, Abh. böhm. Ges. Wiss. Prag, (5) VII: 424-488.

Lima da Costa A., 1922, « Char. e Quint. », 25 (2): 110-112.

— , 1940, « Insetos do Brasil, Hemípteros », II: 107, Fig. 323.

Pennington M. S., 1921, « Lista de los Hemíteros Heterópteros de la República Argentina, Buenos Aires, II: 17-28.

Stal C., 1874, « Enumeratio Hemipterorum », IV: 141-142.

Van Duzee E. P., 1909, « Monograph of genus Crophius Stal, Bull. Buf. Soc. Nat. Sc., IX: 391-396.

SECCION CONFERENCIAS

PRIMEROS IDEALES POLITICOS DEL GENERAL SAN MARTIN

POR

ENRIQUE DE GANDIA

(*Continuación*)

Conferencia pronunciada en la Sociedad Científica Argentina el 6 de julio de 1949.

Todo ello era muy cierto. En primer término, los ejércitos de Buenos Aires, como el de Castelli, habían dado grandes muestras de irreligiosidad. En segundo término, los curas de la mayoría de los pueblos predicaban abiertamente en contra de los liberales porteños. Es por ello que se esparcían tantas órdenes, entre los generales de Buenos Aires, de hacer rezar a la tropa el rosario y de dar ejemplo de un hondo catolicismo a fin de desvirtuar ciertas acusaciones y hacer creer a las « gentes bárbaras » que el movimiento libertador no iba en absoluto en contra de la religión. Belgrano era sin duda un buen católico. Su carácter masón no está bien probado. Tomás de Iriarte, cuyo testimonio es definitivo para demostrar que la masonería era masonería y no algo semejante, como han pretendido sostener historiadores superficiales, no logró averiguar si Belgrano pertenecía a la masonería o no pertenecía. Otros testimonios, de gentes que lo conocieron y que cita Adolfo Saldías en *La evolución republicana*, afirman que Belgrano era masón. Aquí no interesa este aspecto de la vida de Belgrano, sino lo que escribía a un general, como San Martín, de ideas plenamente liberales.

« Acaso se reirá alguno de este mi pensamiento; pero usted no debe llevarse de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además, por este medio conseguirá usted tener al ejército bien subordinado, pues él, al fin se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden ».

Belgrano insistía en que el respeto a la religión era necesario por convenirlo a la disciplina y porque el pueblo era en su totalidad católico.

« Estoy cierto de que en los pueblos del Perú la religión la reducen a exterioridades todas las clases, hablo en lo general; pero son tan celosos de éstas que no cabe más, y aseguro a usted que se vería en muchos trabajos si notasen lo más mínimo en el ejército de su mando que se opusiese a ella y a las excomuniones de los Papas ».

Es indudable que Belgrano no ignoraba el liberalismo religioso de San Martín. Por ello le hacía notar, ante todo, la conveniencia de no causar mala impresión con actos de irreligiosidad y no dejar traslucir su carácter masónico que se oponía « a las excomuniones de los Papas ». Luego le recordaba que él también era católico y no debía olvidar la religión de sus padres.

« Acuérdese usted que es un general cristiano, apostólico, romano; cele usted de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales se falte al respeto de cuanto diga a nuestra santa religión; tenga presente no sólo a los generales del pueblo de Israel, sino al de los gentiles y al gran Julio César que jamás dejó de invocar a los dioses inmortales y por sus victorias en Roma se decretaban rogativas ».

Estas son palabras que un buen católico dice a alguien que es un católico frío. No tienen razón los historiadores que han creído poder probar la religiosidad de San Martín precisamente con la carta anterior de Belgrano y con sus partidas de bautismo y de casamiento. Probar las creencias religiosas de un hombre con semejantes documentos es perderse en inutilidades. San Martín era un masón que si no atacaba la religión tampoco la defendía. Creía, como todos los masones, en un ser superior o arquitecto del Universo, y nada más. Ya en estos años estaba rodeado de enemigos entre sus mismas filas. El 21 de abril de 1814, Belgrano le escribía desde Santiago del Estero y le decía: « Usted no debe ignorar que tiene enemigos y que así éstos como otros ociosos se deleitarán en sindicar cuanto usted haga, aun lo más indiferente ». Entre estos enemigos se hallaban Dorrego, Alvarez Jonte y otros; pero tenía la fortuna de que el Director Gervasio Antonio de Posadas, en Buenos Aires, apoyaba todas sus resoluciones. En una carta del 10 de marzo de 1814 le escribía:

« En cuanto a Dorrego, está bien; y en cuanto a Jonte, también; pero es muy bonito que teniendo usted allí agua, sal y aceite, con que preparar una simple lavativa, me sople a mí la comisión no sólo de prepararla, sino también de echarla ».

Posadas no quería tener responsabilidades de hechos que correspondían a San Martín y a quienes se hallaban envueltos en ellos. Le daba toda su autorización para que tomase las medidas que fuesen más necesarias.

« En cuanto a demochar oficiales, haga usted lo que por bien tuviera, lo mismo que en orden a remitir a Santa Fe lo que se pudiera... Por fin, amigo, en esto de disposiciones obre usted según las circunstancias, y como que tiene la cosa presente, dé sin miedo los tajos y reveses que se le antojaren seguro de que por mi parte no ha de haber novedad ».

Posadas era amplio con San Martín, pero deseaba, también, una reciprocidad. Cada uno de ellos debía hacer lo que resultase más a propósito en el lugar de su mando. Leemos, en una carta del 18 de marzo de 1814:

« Nada me diga usted de Dorrego ni en satisfacción de otra cualesquiera medida que tomare en lo sucesivo, sea de la clase y calidad que fuera, porque debe usted estar seguro y firmemente persuadido de que a todo he de decir amén, como yo estoy igual y firmemente persuadido de que usted ha de tener a bien y ha de apoyar todo cuanto yo haga por acá, por así usted como yo hemos de obrar según las distancias y circunstancias y dirigidos sólo al bien general de que estamos encargados; por consiguiente, haga usted cuanto guste y le parezca útil y conveniente. Pida cuanto necesite, seguro de que ha de ir cuanto se pueda mandar y que cuando no se pueda, nos hemos de satisfacer mutua y recíprocamente con cariño fraternal, con libertad y franqueza y sin enojo, porque entre nosotros no lo puede haber ».

Posadas era bonapartista como San Martín. Uno y otro habían confiado mucho en la ayuda francesa. Ya sabemos la importancia que tuvo la influencia francesa en la venida de San Martín a Buenos Aires. Un día se supo que Napoleón se había hundido y que Inglaterra era la dueña de los mares y, en gran parte, del destino de América. Por ello fué preciso, rápidamente, cambiar de política y de opiniones. Ya no se podía esperar nada de Francia ni de Napoleón. Gervasio Antonio de Posadas se lo dijo muy claro a San Martín el 18 de julio de 1814:

« El maldito Bonaparte la embarró al mejor tiempo; expiró su imperio, cosa que los venideros no creerán en la historia, y nos ha dejado en los cuernos del toro. Yo soy de parecer que nuestra situación política ha variado mucho y que de consiguiente deben también variar nuestras futuras medidas ».

La política tomó, en efecto, nuevos rumbos. En Mendoza, el 21 de abril de 1815, San Martín fué proclamado gobernador intendente en un acto en el que se negó toda obediencia al gobierno de Buenos Aires. Mendoza quedó momentáneamente convertida en un gobierno independiente, « que por ahora no debe reconocer dependencia alguna ». Era un año terrible de separaciones y guerras civiles. Para colmo llegaban constantemente noticias de una poderosa expedición que se preparaba en España para dominar el Río de la Plata. Las ideas liberales salvaban la situación. El 8 de abril de 1816, en un acta del Cabildo de Mendoza se estampaba esta bella frase que parecía copiada de Tomás Paine o de Santo Tomás: « Los pueblos no se hicieron para el que gobierna: sino éste para los pueblos ». San Martín había renunciado a su cargo y se deseaba ardientemente que siguiese en el mismo. Siguió mandando, en una u otra forma, y el 22 de diciembre de 1816 expuso algunas ideas sobre la protección de las industrias. En una carta al Secretario de Estado en el departamento de gobierno, le dijo:

« El superior gobierno conoce a fondo cuántos sacrificios ha costado a esta provincia organizar el ejército de mi mando; que el fuerte de su comercio son los licores, y que recargados con impuestos o que paralizados con la introducción extranjera declinará en la importancia de sus recursos a una languidez irreponible ».

Ni impuestos ni competencia. Las industrias debían ser protegidas contra las introducciones extranjeras y, menos, debían ser recargadas con impuestos. Sólo así podría desarrollarse la competencia interior con el consiguiente abaratamiento de los productos.

No debemos de olvidar que San Martín era un hombre liberal y que mientras fué gobernador intendente de Cuyo no se dejó avasallar por ningún prejuicio religioso. Lo prueban las medidas que tomó contra el obispo Orellana, de Córdoba, el mismo que se unió a Liniers y no fué fusilado por su carácter sacerdotal. La comunicación al intendente de Córdoba, que San Martín le dirigió, revela su auténtica e indiscutible manera de pensar acerca de la autoridad que se tomaban los eclesiásticos y el pueblos les reco-

nocía. San Martín, como vemos, no admitía prerrogativas de ninguna especie. La nota habla por sí sola.

«Al señor Intendente de Córdoba. Tengo a la vista las copias que en oficio de 15 del corriente se sirve V. S. instruirme de los célebres procesos girados contra el ...obispo don Rodrigo Antonio de Orellana, cuyo juzgamiento que con tanta rectitud y juicio ha dictado ese gobierno hará honor al nombre americano. Veo en ellos con gusto destruída de un solo golpe una preocupación inveterada bastante por sí sola a sofocar la revolución. La dignidad es respetable, pero la salvación de la patria, la existencia de millares de hombres es de tanto mayor interés. La opinión de los eclesiásticos tiene en estos países un carácter de verdad evangélica, así sus tiros son por demás seguros, en tanto afectan una importancia religiosa. Pero destruido el caudillo, no es difícil atacar la colición de sus prosélitos. Yo deseba con las mayores veras la deposición de este mitrado. Datos positivos y varios me convencían de su pertinacia y temeraria osadía en minar la causa de la América. Aun algunas gestiones había hecho ante el gobierno de Buenos Aires. Pero ya V. S. por un acto de sabiduría y justicia ha cortado de raíz este fatal cáncer. Pretexto cooperar cuanto esté en mis facultades, haciendo dar el más exacto cumplimiento a las respetables decisiones de ese gobierno».

Dejamos en blanco los tres puntos que anteceden el título y el nombre del Obispo. No sólo la mayor parte de los eclesiásticos era contraria a las nuevas ideas liberales —otro ejemplo es el jesuita Diego León de Villafañe—, muchos americanos habían seguido la causa absolutista. San Martín los conocía y hacía las siguientes recomendaciones al Cabildo de Mendoza el 11 de octubre de 1814:

«No sólo debemos en estas circunstancias evadirnos de los enemigos de ultramar; es preciso también se cuenten en este número los americanos que olvidando la obligación de defender a su patria se han hecho con su conducta dignos del mayor odio: V. S. que debe tener un conocimiento prolijo de los que existen en esta capital, se ha de servir remitirse una nota de ellos con expresión de los cuarteles que habiten».

San Martín pensaba constantemente en la declaración de la independencia de la América española. No existía aún el concepto de una patria reducida a una sola parte de América. San Martín había partido de España, posiblemente bajo la influencia napoleónica,

para hacer declarar la independencia del Nuevo Mundo y a ello se había consagrado con todas sus energías. Desaparecido Napoleón y perdidas todas las esperanzas de una factible ayuda europea, San Martín, Juan Martín de Pueyrredón y otros hombres comprendieron que debían consagrarse más que nunca a conseguir la independencia si no querían sucumbir bajo la venganza de España que los consideraba traidores. La libertad e independencia o la muerte eran los únicos caminos que tenían ante sí. Esta parte de América que hoy ocupa en particular la República Argentina se hallaba deshecha por las ambiciones de los caudillos. El resto de la América española estaba dominado por las fuerzas absolutistas peninsulares. Era preciso declarar la independencia de la única parte en manos de los liberales para constituir un Estado con todas las provincias que amenazaban convertirse en republiquetas o caer en manos de caudillos semirreyezuelos. El 19 de octubre de 1815, San Martín escribió al Cabildo de Mendoza:

« Siendo demasiado urgente la reunión de la Asamblea nacional que ha de fijar la suerte de la América del Sud, lo es también de que se pongan en marcha los diputados de las provincias al punto de su convocación; y no habiéndolo relizado aun los de esta capital espera este gobierno que V. S. las invite a que lo verifiquen para el sábado sin falta alguna ».

San Martín no sólo es grande en la historia argentina por ser « el vencedor de los Andes », como lo llamaba el Cabildo de San Luis en 1819, sino por haber impulsado y hecho proclamar la independencia de nuestra Patria. Nadie mejor que él merece el honor de ser reconocido como el hombre que decidió la rsolución del 9 de Julio de 1816. Sólo puede estar a su lado Manuel Belgrano. Y antes, el precursor, Martín de Alzaga. Los demás, como Juan Martín de Pueyrredón, que contribuyeron grandemente a la inmortal proclamación, obraron impulsados por las fuerzas políticas. El liberalismo de San Martín palpitaba en todos sus ideales y se descubre a cada instante en sus escritos. El 25 de marzo de 1816, en Mendoza, escribía al Cabildo:

« Conozca el mundo que el genio americano adjura con horror los crueles hábitos de sus antiguos opresores y que el nuevo aire de libertad que empieza a respirarse, extiende su benigno influjo a todas las clases del Estado ».

San Martín era un hábil político o estratega de ideas y noticias.

Con habilidad suma engañó cuanto quiso a los jefes españoles de Chile haciendo caer en su poder cartas forjadas con noticias de todo género. La *Comisión Nacional del Centenario* publicó en Buenos Aires, en 1910, entre los *Documentos del Archivo de San Martín* (tomo III, páginas 23 a 41) la *Correspondencia supuesta de San Martín con Marcó del Pont y otros en nombre de los emigrados españoles comunicando noticias falsas.* San Martín forjó una correspondencia supuesta de un tal Felipe Castillo Albo dirigida a Marcó del Pont. Entre las noticias forjadas por San Martín para ser comunicadas a Osorio le presentaba el ejército liberal de las Provincias Unidas como un conjunto de hombres sin ningún poder, fáciles de ser batidos en el primer encuentro. En otras dos cartas a Manuel Rodríguez, calculadas para que cayesen en poder de los enemigos, hacía creer que la invasión de Chile se iba a producir por el Sud y en diciembre de 1816. La lucha por la independencia no se reducía a la actual Argentina, sino a todos los ámbitos de la América española. Era preciso batir a los absolutistas en el Contienente para poder disfrutar de una libertad completa y perfecta. La libertad se hacía sentir por sí sola. En marzo de 1816 llegaron a Valparaiso dos fragatas de Prusia a comerciar con las Américas sin licencia del rey. A esta libertad se oponían ciertas clases de ideas estancados. Uno de los agentes secretos de San Martín, que firmaba con el pseudónimo de Español y era, en realidad, Manuel Rodríguez, le decía que en Chile el primer rango era despreciable. «Cada caballero se considera único capaz de mandar». La sociedad chilena sufría grandes males políticos y morales según el testimonio de Manuel Rodríguez: Es posible que tuviese razón, pero conocemos que aún falta un estudio agotador de este problema. En una carta del 25 de marzo de 1816 escribía a San Martín:

«La gente media es el peor de los cuatro enemigos que necesitamos combatir. Ella es torpe, vil, sin sistema, sin valor, sin educación... y llena de la pillería más negra. De todo quieren hacer comercio, en todo han de encontrar un logro inmediato y si no adiós promesas, adiós fe; nada hay seguro en su poder, nada secreto.

«La borrachera y facilidad de lengua que tachan gradualmente a la plebe y a las castas, nos impiden formar planes con ellos y aprovechar sus excelentes calidades en lo demás. Pero son de obra, están bastante resueltos y las castas principalmente tienen sistema por razón y echan menos la libertad, todos los artesanos desesperan, faltos absolutamente de quehacer en sus oficios.

« La nobleza es tan inútil y mala como el estado medio, pero llena de buena fe y de reserva hacia el enemigo común; más tímida y falta de aquella indecente pillería, no le encuentro otro resorte que presentarles diez mil hombres a su favor, cuando sólo tengan tres en contra.

« El español es nuestro menor y más débil enemigo. Está generalmente aborrecido en los pueblos; su oficialidad y tropa sin honor ni sistema. Solos se envidian; sólo falta quien los compre. Los Talaveras y Chilotes (soldados) son los únicos que consideran su rey. Aquéllos no pasan de cien y éstos que por falta de ilustración adoran la fantasma más despreciable, son tan miserables y tan sin genio que por dos reales atienden la lección más libre y la buscan el día siguiente porque se repita la limosna; son esclavos que harán lo que mande el amo que mande.

« A Chile no le encuentro otro remedio que el palo. Presentan invasión, las tropas desamparan sus jefes como crean venir fuerza considerable; con los oficiales hay partido. Los pueblos interiores, los virtuosos campos nos ayudan y están libres de vicios y sacrificados con impuestos, pero es preciso inculcar materialmente el sistema de la libertad. No es la chilena gente que se catequiza ».

Entre esta gente, los elementos religiosos predicaban una continua rebelión contra los liberales. La lucha a ratos tenía más aspecto de ideas religiosas que de propósitos políticos. Francisco Zalas escribía a San Martín que las tiranías, en Chile, eran continuas y que los frailes se mostraban contrarios a todo intento de renovación política.

« No se ve más que tiranías con los familias de los emigrados, aprisionar patriotas. Los frailes ya no suben al púlpito a hacer ver la gravedad del pecado, sino a retar a los Carrera y O'Higgins y a los porteños maldecíanles el pescado que comen.

« Los frailes de Chillán han venido a predicar hasta Linares, diciendo que los que abrazan el sistema están excomulgados y sólo ellos tienen la facultad de absolverlos dentro de cuatro meses y de no confesarse están condenados, en circunstancia que son la risa del más infeliz, y cada día se aumenta más el patriotismo. V. S. cuente con las gentes del obispado de Santiago y con mucha parte del de Concepción, que lo tengo bien practicado ».

San Martín recibía listas de frailes en las cuales podía ver a los decididos y a los tímidos, pasando por los « regulares », « de todas prendas », « buenos », « sigilosos y de empeño ». Manuel Rodríguez

no se cansaba de informar a San Martín acerca de las condiciones de los chilenos. Rara vez se ha hablado tan mal de este pueblo noble, culto y generoso. Rodríguez decía, en primer término, que «el odio al español es general, generalísimo, cada día se aumenta y con más justicia». En cuanto a los chilenos «no tienen amor propio ni la delicada decencia de los libres. La envidia, la emulación baja y una soberbia absolutamente vana y vaga son sus únicos valor y virtudes nacionales». El pueblo medio era infidente y codicioso, y la plebe, aunque borracha y anonadada por su rebajadísima educación, poseía «cualidades muy convenientes».

Los escritos de mayor interés de Manuel Rodríguez son, incuestionablemente, los que se refieren a sus ideas históricas y nos explican las verdaderas causas de la lucha civil que condujo a la independencia. La amistad de San Martín y de Manuel Rodríguez era intensa. Sus ideas, sobre estos particulares, pueden considerarse las mismas. Rodríguez tenía su personalidad y su independencia de juicio; pero no puede considerarse alejado de San Martín en estos problemas, pues los papeles de uno se encontraron en el archivo del sgundo. Además, otros hechos demuestran que había una profunda identidad de opiniones históricas entre los dos hombres. Aunque las ideas históricas de Manuel Rodríguez son las suyas y no las de San Martín, conviene conocerlas, pues, como dijimos, estaban íntimamente ligadas a las del Libertador.

En una proclama del 9 de junio de 1816, autógrafa de Manuel Rodríguez, se comenta una cédula de indulto dada por Fernando VII a los insurgentes. Rodríguez, indignado por este perdón, se pregunta: «¿De qué se nos perdona?». Inmediatamente viene el análisis de los hechos que llevaron a la independencia y que demuestran, maravillosamente, como este problema es histórico y no legendario, con revoluciones concebidas como tales años después de haberse realizado. El problema de la independencia no se resolvió en absoluto en 1810; tuvo un desarrollo que, según Modríguez, va «de 1808 a 14». La vieja España negó a los americanos todos los gobiernos que se sucedieron en ese tiempo. «Menospreciados nuestros principales, los derechos de primera esencia en la sociedad, debemos buscar modo de evitar nuestra ruina absoluta». En ningún instante se expresa que el descontento llevó a una revolución ni que hubiera odios de razas ni necesidades económicas. Había un pleito político en el cual los americanos quedaban disminuidos frente a

los peninsulares. Por ello el ansia de los americanos de hacer valer sus derechos. Fernando era el culpable de este desconocimiento. En España había encarcelado « más de medio ciento de millares de españoles por juntistas y regenciarios ». Eran los dos bandos de la guerra civil: los partidarios de las juntas y los seguidores del Consejo de Regencia. Así explicaban, clarísimamente, los hombres de mayores luces de la guerra de la independencia el porqué de sus actos a quienes los ignoraban. Algunos asnos que hoy enseñan historia desconocen estas cosas que hace más de un siglo se conocían a la perfección. Fernado VII, rey absolutista, perseguía « a los sectarios de esos gobiernos y también se nos persigue de muerte por separados de ellos ». Así era el problema político en aquellos instantes. Los partidarios de las Juntas eran enemigos de los partidarios del Consejo de Regencia; pero Fernando, vuelto de su destierro en 1814, perseguía a unos y a otros y a los americanos en particular. La lucha civil no ardía únicamente en América; ardía, con grandes llamas, en España. « Su trono está minado y ya se desploma —escribía Manuel Rodríguez—. La Galicia, Andalucía y muchas partes de Aragón se han puesto sobre las armas ». Fernando, viéndose perseguido en España y en Europa, « no perdona ardid por perpetuarse en América ». Los americanos debían sostener la fidelidad que habían « jurado al sistema de la dignidad de América y a las causas de los hombres ». No se habla de independencia; se habla de dignidad e ideales de los hombres. Por tanto había que luchar para conservar el tesoro. En otra proclama del 10 de septiembre de 1816, autógrafa de Manuel Rodríguez, consta, en primer término, que « la guerra contra los usurpadores de Chile no es agresiva a aquel país, sino protectiva de la libertad de sus habitantes que claman redimirse ». En nigún documento se habla de una revolución. Aparece, a cada instante, el choque de los principios políticos y se descubre las hondas diferencias de ideas. Otro documento sensacional, para este género de estudios, tan olvidado por algunos supuestos técnicos en estas materias, que da lástima poner sus nombres a la vergüenza pública, revela que en aquellos años (8 de diciembre de 1816) la historia de nuestra independencia era mejor conocida, por cierto, que en los libros de muchos semicultos de nuestros días. El documento es la explicación de los orígenes de la independencia. Fué escrito para San Martín y debía circular en el ejército. En esta forma, diciendo a los soldados la verdad y no dejándolos vivir

entre mentiras, se pensaba evitar las deserciones que se producían constantemente. « El haberse declarado las Provincias Unidas de la América del Sud, independientes de toda potencia que no sea suya nacional, según lo determina el soberano Congreso, no ha sido por odio alguno a ningún gobierno, a ninguna nación ni persona, sino únicamente por un efecto puro de necesidad de la justicia y de la fidelidad ». He aquí, en estas palabras, un desmentido espléndido a todos esos ignorantes que han pretendido negar nuestras afirmaciones sosteniendo que la independencia argentina y americana se produjo por odio a España. San Martín, en una proclama para difundir en el ejército, redactada por un patriota como Manuel Rodríguez, reconocía que la independencia no se había hecho por odio a ningún gobierno ni a ninguna nación. Juan Manuel de Rosas, por citar a un personaje histórico a quien combatimos por su absolutismo, estuvo muy en lo cierto cuando declaró ante los ministros extranjeros que el 25 de mayo habían obedecido a las fuerzas de fidelidad a España y a Fernando VII. Lo mismo reconocía San Martín, años antes, al permitir que se enseñase a las tropas que la independencia llegó « por un efecto puro de la necesidad de la justicia y de la fidelidad ». En las líneas siguientes la proclama repite que el gobierno propio se hizo « para no caer en manos extranjeras bajo el nombre de Fernando VII ». La fidelidad a Fernando VII fué el único móvil que llevó al 25 de mayo y a los acontecimientos sucesivos. Nosotros hemos sido muy combatidos por sostener estas verdades. Ahora no las decimos nosotros, sino un patriota amigo de San Martín, en un documento destinado a las tropas de nuestra Patria para explicar la declaración del 9 de julio de 1816. Los fundamentos históricos están expuestos con el talento y la precisión de un cultor de la moderna escuela histórica argentina. « Tales han sido los encargos que trajo el brigadier don Manuel Goyeneche por el francés, por la junta de Sevilla a nombre de Fernando y para la señora Carlota, princesa entonces del Brasil, para que las Américas se asegurasen íntegras, sin poderse saber para cuál de los tres pretendientes quedarían al último. Y tales han sido también, el haber estado dominando el francés, la España y las renuncias que los reyes de ésta hicieron de las Américas a favor de aquél ». América, temerosa de caer en manos extranjeras, pensó en su autogobierno. Para ello recurrió al sistema de las Juntas, propio de las ciudades españolas que se gobernaban a sí mismas

mientras duraba el cautiverio de Fernando VII. La lucha por la implantación de las Juntas y la oposición que se levantó contra ellas, generando la guerra civil, es lo que condujo directamente a la independencia. Esto es lo que sostenemos nosotros desde hace años, haciendo frente a la incomprensión voluntaria de todo género de opositores, y es lo que encontramos, espléndidamente expuesto, en el documento que aquí analizamos. El primer golpe empezó en Montevideo, por medio de una Junta que, como sabemos, se erigió a instancias de Alzaga. Dice esta proclama: «Montevideo fué la primera donde se vió una junta provincial y donde Goyeneche ofreció que en Buenos Aires se pondría otra a su llegada; pero todo lo hizo al contrario haciendo correr con el virrey cartas e impresos de la señora Carlota». Es por ello que Alzaga intentó la instalación de otra Junta en Buenos Aires al primero de enero de 1809. Fracasada esta Junta, por la oposición de Cornelio de Saavedra, estalló una revolución en Chuquisaca y en seguida otra en La Paz. El documento que aquí seguimos no menciona a Alzaga, ajusticiado criminalmente en 1812; pero dice que, «con este motivo, hizo la ciudad de La Paz una celosa demostración que fué desfigurada, acriminada y destruida por el mismo Goyeneche». Estos hechos, la desconfianza y el temor de caer bajo el dominio de la infanta Carlota Joaquina del Brasil, llevaron a Buenos Aires a instalar «una junta provisional gubernativa a nombre de Fernando VII el 25 de mayo de 1810». La sinceridad y honestidad con que se hizo esta Junta no pudieron ser mayores. Sólo la infamia y los odios de los serviles, de los partidarios del rey José Bonaparte y de los seguidores del Consejo de Regencia la calumniaron con la especie de que ocultaba miras separatistas. Esto lo hemos dicho nosotros, basados en una infinidad de documentos incuestionables, pero han querido negárnoslo los eternos repetidores de leyendas. Ahora lo dice el documento que San Martín tenía para distribuir entre sus tropas. «No se pasaron días cuando el mal natural empezó a contradecir e infamar una diligencia tan oportuna, atribuyendo a quimera, picardía, engaño y traición la instalación de una junta en América a nombre de Fernando, no estando éste en el trono y reinando ya José Bonaparte casi en toda la España». Esta calumnia en contra de la Junta, que aún se empeñan en defender, como verdad histórica, investigadores de ignorancia supina, fué la que llevó a la guerra civil y a la completa separación del gobierno

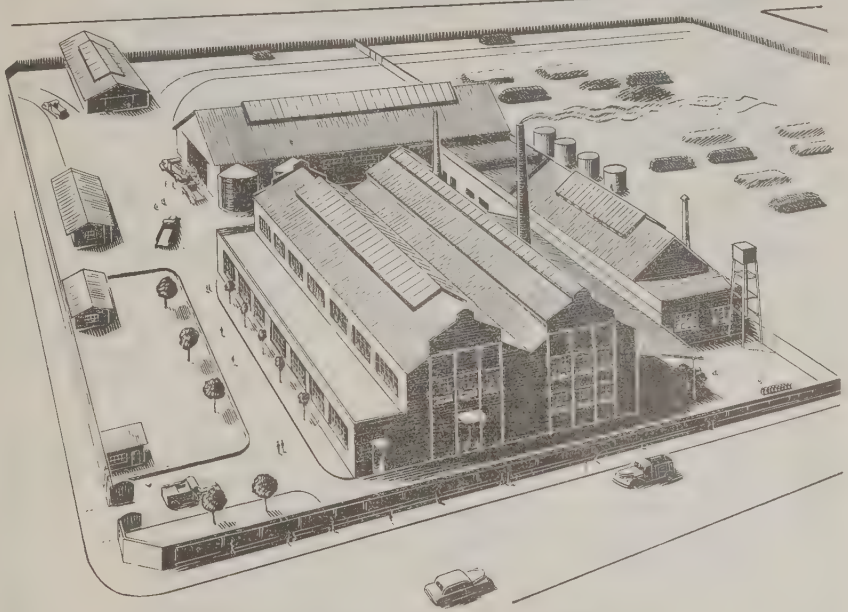
peninsular. No hablamos nosotros, sino el documento en cuestión: « Corrió esta zizaña como un huracán impetuoso, que después de algunas variaciones, causó el que la defensa se continuase con sólo el título de la patria ». América y, en especial, Buenos Aires, llegaron a este extremo en vista del « desprendimiento que de las Américas habían hecho los reyes católicos a favor de la Francia, en Bayona... » y « para precaverse de caer esclava en alguna de tantas manos codiciosas ». Esta decisión, de gobernarse a sí misma, llevó a la guerra civil: « Pero nada de esto bastó a contener el ímpetu y violencia con que los chapetones sus partidarios y el virrey de Lima continuaban la contradicción a viva fuerza, en odio, descrédito, desprecio y destrucción de las Provincias Unidas de la América del Sud, llevando el terror, la muerte y desolación por todos los campos y lugares que pisaban ».

Muchos historiadores de nuestra Patria no han sabido leer, o, mejor dicho, no han querido leer los documentos que llenaban y llenan grandes colecciones. Fué inútil que la Comisión Nacional del Centenario publicara, en 1910, los maravillosos documentos del Archivo de San Martín. Ninguno ha analizado, en cerca de medio siglo, por ejemplo, la proclama al ejército argentino, sobre los orígenes de nuestra independencia, que aquí comentamos. Hay que reconocer que sabían mejor nuestra historia los soldados rasos que oían y leían esta proclama que muchos ilustres profesores universitarios de nuestros días. Manuel Rodríguez enseñaba que la suerte de la América del Sud pendía de dos partidos: el que se llamaba de la Patria y el vulgarmente denominado de chapetones o sarracenos. Este partido era el absolutista y a él se le atribuía, para empezar, el haber degollado a los reyes naturales de América « contra la voluntad de los Reyes Católicos ». Esta aclaración: « contra la voluntad de los Reyes Católicos » muestra que la oposición de los americanos no era a la monarquía española ni a España, sino al partido que desde los tiempos de la conquista había tomado tales medidas. Los hombres de ese mismo partido fueron « los que en España destronaron a Carlos IV y los que ocasionaron la pérdida de de la corona a Fernando VII » y « ellos son los que componen la obra del expresado brigadier, triple encargado don Manuel Goyeneche » que aún no se sabía si entregaría estas tierras a los franceses o a los portugeses. La fidelidad de los americanos a los viejos sentimientos liberales y tradicionales españoles no podía ser

mayor. Entregarse a ese partido era entregarse a los más grandes enemigos que tenía España. Y ahora viene una aclaración política y jurídica de enorme trascendencia, que nuestros historiadores jamás han destcado y que explica la oposición a Fernando VII y su injusticia en combatir la causa americana que tanto lo había defendido: « El mismo Fernando VII ya no podía lícitamente tomar las armas contra las Américas, respecto de que se había desprendido de ellas renunciándolas a favor de la Francia ». América había terminado por comprender que ya no tenía rey y era inútil defenderlo. La renuncia de Fernando VII no autorizaba a los franceses a ocupar la América; pero permitía a los americanos asegurarse por sí mismos. Por esta razón, América podía afirmar « que ella no había faltado jamás a la fidelidad política que le correspondía ». Quienes presentan, con una desfachatez única, a los próceres de nuestra Patria jurando sobre los Evangelios a Fernando VII y tienen el coraje de decir que juraban falsamente, que todos ellos llevaban una « máscara », que sus juramentos encerraban el cinismo y el propósito de quebrantarlos en la primera oportunidad, deberían dejar sus desplantes para causas más nobles, no insultar a nuestros próceres y aprender un poco más de historia. El proceso o cambio político de nuestros hombres, fundadores de nuestra independencia, no se hizo por medio de traiciones ni juramentos falsos, como enseñan algunos ilustres profesores, sino a través de una evolución política lógica, impuesta por los hechos y realidades de la Península. La declaración de la independencia había llegado porque el absolutismo de Fernando VII la había obligado a llegar. Las Provincias Unidas de la América del Sud se habían declarado independientes « sin saberse todavía bajo de qué forma de gobierno sea ». Es ésta la mejor declaración y confesión de que el sistema republicano no era aún seguro y que el monárquico tenía sus buenas probabilidades. Manuel Rodríguez explicó en la proclama que San Martín debía distribuir a las tropas, que « es de creer que para su elección se tenga presente la notable circunstancia de la diversidad de castas de que se compone esta nación, por cuyo principal motivo debe pensarse en el gobierno que sea menos susceptible de facciones, que reúne y no separa, que conserve y no destruya, que fortalezca y no debilite, que asegure y no exponga el interés tan grande de los americanos, que después de la salvación no tienen otro, cual es que la nación americana posea su imperio ». Fácil es advertir a qué tendencia o forma de gobierno aluden las palabras transcriptas.

(Continuará)

DESDE 1931 CALIDADES Y EXISTENCIAS TRADICIONALMENTE SEGURAS



GRANDES FABRICAS DE:

DETERGENTES

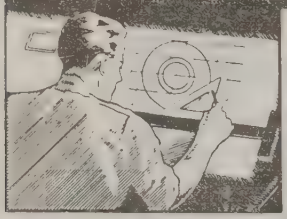
EMULSIONANTES, HUMECTANTES Y AFINES PARA LAS INDUSTRIAS QUÍMICAS, TEXTILES, DEL CURTIDO, DE PINTURAS, COSMÉTICAS, FARMACÉUTICAS, ETC. ALCOHOLES GRASOS, ALCOHOL CETÍLICO, ALCOHOL OLEICO, ALCOHOLES GRASOS SULFONADOS (« ANDINIX »). ALQUIL - ARIL - SULFONATOS (« ALCOIL »). ACEITES EMULSIONABLES (« OLEAL »). JABÓN PURO ANHIDRO (« FRANCVAL »). EMULSIONANTES (« LANIX » Y « FRANQUINOL »). SUAVIZANTES (« SUVASIL »), ETC.

FrancVal **José Franchini Ltda.**

CAPITAL $ 450.000

CARABELAS 2398 - AVELLANEDA - T. E. 22 - 4015

COPIAS DE PLANOS



PAPELES Y TELAS
TRANSPARENTES
Material para dibujo

A. & M. CASASCO Y CIA

Central: CORDOBA 1836 · Suc. RIVADAVIA 589 Bs. As. · Rosario RIOJA 867
LIMA 461 — ALSINA 434

DURANTE los últimos años la demanda de electricidad aumentó extraordinariamente... Nuestras usinas trabajan al máximo, sin embargo no es posible satisfacer los nuevos requerimientos con la amplitud tradicional en nuestro servicio. Ante la emergencia, el Superior Gobierno estableció un ordenamiento del consumo, a fin de que no falte energía eléctrica para las necesidades primordiales del país.

Hasta tanto se logre superar las dificultades que retardan la instalación de más maquinarias y equipos, reduzca su consumo de electricidad; y consulte a nuestras oficinas de Informes y Contratación, en el Edificio Volta (Av. Pte. R. Sáenz Peña 832, entrepiso) o Sucursales, antes de emprender industrias u otras actividades que han de requerir nuestros servicios.

CADE

COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

COMPAÑIA DE SEGUROS DE VIDA
SUD AMERICA
Av. R. SAENZ PENA 530 - BUENOS AIRES

Seguros de vida en vigor.

$ 839.703.936 m/l.

Reservas Técnicas.

$ 113.335.888 m/l.

Pagados a Asegurados y Beneficiarios desde 1923.

$ 178.181.320 m/l.

CRISTALERIAS MAYBOGLAS

Socio de la Unión Industrial Argentina

Sociedad de Responsabilidad Limitada

CAPITAL $ 1.000.000 m/n

MyB M. R.

ENVASES DE VIDRIO - TUBOS DE VIDRIO

Escritorio:
Cóndor 1625
T. E. 61-0212

Fábrica:
Tabaré 1630
T. E. 61-1480

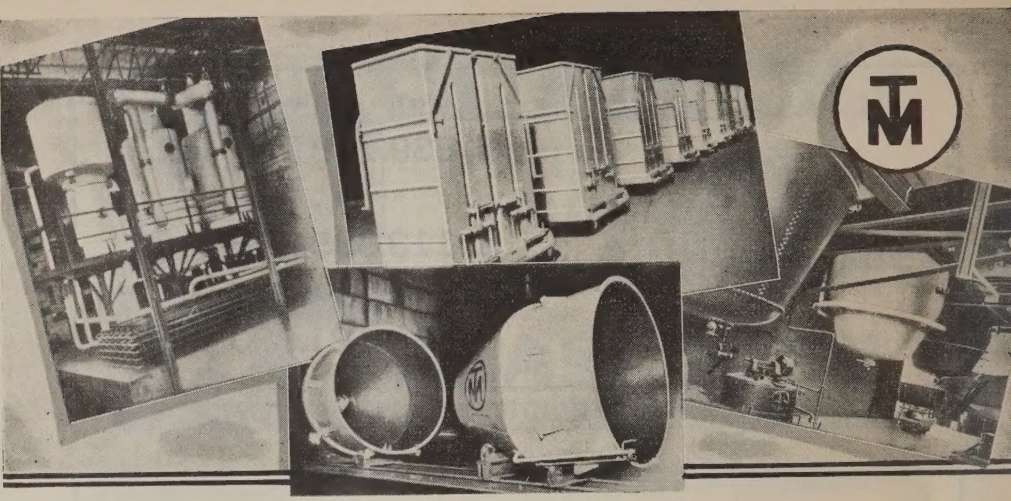
ARIENTI y MAISTERRA

Soc. de Resp. Ltda. - Capital m$n 1.600.000

EMPRESA CONSTRUCTORA

CAÑOS DE HORMIGON

Av. VELEZ SARSFIELD 1851 - T. A. (21) 0075 - BUENOS AIRES



TAMET

CHACABUCO 132
BUENOS AIRES

COLABORA SIEMPRE CON SUS FABRICACIONES, EN TODAS LAS INDUSTRIAS DEL PAIS

CIMAPI

SOC. RESP. LTDA.

CAP. $ 1.200.000.—

COMPAÑIA IMPORTADORA MAQUINAS, ACCESORIOS PARA INDUSTRIA

•

Lehmann, Guigon & Cía.

••

MORENO 935
BUENOS AIRES

T. E. 38 Mayo 7310 - 2735
T. E. 37 Riv. 1416 - 4840

SOCIOS ACTIVOS

Abarca Mariano
Abinzano Algañaraz, Marcelo P.
Abulafia Alfredo
Acuña Anzorena, José A.
Agrest, Jacobo
Aguillo Hamlet d'
Albertolli Emilio A.
Albertoni, Juan L.
Albizzatti, Carlos M.
Alessi, Juan M.
Alsogaray Federico
Alurralde Nicanor
Alvarez de Toledo, Belisario
Allaria Amésaga, José A.
Allende Posse, Justiniano
Allperín, José
Amadeo Artayeta, Enrique
Amoretti, Alejandro R.
Amos, Arturo G.
Angelini Raúl
Añón Suárez, Vicente
Aparicio, Francisco de
Aragón, José María
Arambarri, Domingo R.
Arce, Manuel J.
Ardigó, Dante A.
Arena, Antonio
Argañaraz, Carlos J. M.
Arnaudo, Silvio J.
Artabe Emilio
Asti Vera, Armando A.
Auderut Barboito, Arturo
Avalos, María Angélica S. de
Avila Méndez, Delfín
Bacal, Benjamín
Bachmann, Ernesto
Baglietto, Eduardo E.
Balbiani, Atilio
Baliani, Luis M.
Ballofet Armando
Bancalari, Agustín
Bardin, Pablo P.
Barral Souto, José
Bascialli, Pablo Carlos
Bava, Leopoldo A.
Bellora Humberto E.
Bence, Federico A.
Benigni, Benigno
Beordi, Manuel A.
Berjman, Elena
Berrino, Juan B.
Bertino, José Carlos
Bertomeu, Carlos A.
Besio Moreno, Nicolás
Bianchi, Domingo A. M.
Bianchi Josefa A.
Bianchi Lischetti, A.
Biggeri, Carlos
Bignoli Arturo Juan
Bimbi, José L.
Blaquier, Juan
Blasco, Armando D.
Blasco, José
Boaglio, Santiago
Boffi, Jorge A.
Bohoslavsky, Juan
Böhtlingk, Heriberto
Bolognini, Héctor
Bonanni, Cayetano A.
Bonello, Roberto
Bontempi, Luis
Bosch, Gonzalo
Bottaro, Juan C.
Bouso, Oscar
Braun Menéndez, Eduardo
Briano Juan A.
Browne, Alberto M.
Brugger, Heriberto J. B.
Brunengo, Pedro
Bruno, Vicente D.
Bula, Clotilde A.
Burkart, Arturo
Busconi, Estela M.
Busso, Eduardo B.
Bustamante, Elías N.
Butty, Enrique
Buzón Guillermo
Buzzo, Alfredo
Calegari, Roberto J.
Campomar, Jaime
Canale, Humberto
Cánepa, Enrique P.
Capelli, Pedro F.
Capurro, Roberto H.
Carabelli, Juan José
Cárcova, Enrique de la
Cárdenas, Emilio F.
Carelli, Humberto H.
Carniglia, José
Carranza, Julio M.
Carrasco, Ricardo
Carrera, César J. M.
Casacuberta, Antonio
Casal, Pedro Segundo
Casella, Alberto T.
Castellanos, Alberto
Castello, Manuel F.
Castillo, Leopoldo
Cattaneo, Pedro
Ceppi, Héctor
Cerri, Italo Américo
Cimaschi, Enrique O.
Ciranna, Camilo
Cirelli, Aberto D.
Clausen, Enrique G. E.
Clausen, Heriberto E.
Colina, Bartolomé de la
Colucci, Alfredo S.
Colla, Ada Silvia
Comes, Horacio
Coni Bazán, F. A.
Copello, Andrés R.
Cordeu Adolfo V.
Cornejo Abel
Cortés Fernando
Curutchet, Luis
Chanourdie, Carlos C.
Chanourdie, Enrique
Chedufau, Edmundo C.
Chescotta, Oscar M.
D'Ascoli, Lucio
Damiani Raimundo F.
Damianovich, Horacio
Damköhler Wilhelm
Danilevsky, Alejandro de
Dassen, Rodolfo
Dasso, Ricardo L.
Daverio Enrique G.
De Cesare, Elías A.
D'Elía, Antonio
Deferrari, Jorge O.
De Fina, Armando L.
Delpech, Simón A.
Delpini José Luis
Dellacanónica, Osvaldo G.
De Martino, Elsa
De Michino, Américo F.
De Nardo, Juan B.
Dennler, Jorge
Díaz, Emilio L.
Dickmann, Emilio
Dieulefait, Carlos E.
Dobranich, Jorge W.
Dubecq, Raúl E.
Dueñas, José
Duhau, Luis
Dupont, Enrique
Durrieu, Mauricio
Elizondo Francisco M.
Enquin, Alejandro
Escudero, Antonio
Esperne, Juan
Espiasse, Carlos A.
Espiasse, Jorge A.
Espinosa Agustín
Faragó, Ana M. B. de
Farengo, Adolfo P.
Fernández Darío, Ofelia P.
Fernández, José S.
Fernández Long, S.
Fernández, Manuel J.
Ferrari Bono, Bruno V.
Ferro Antonio M. F.
Fesquet Alberto E. J.
Figini, Angel
Figuerero, Hernando W.
Figueroa, Alejandro
Figueroa, Pedro R.
Fiore, Luis
Fiorit, Carlos J.
Folquer Mario
Fossa Mancini, E.
Franzetti, Carlos J.
Frehner, Armando S.
Frenguelli, Joaquín
Freude, Ludwig
Frigerio Juan B.
Fürnkorn, Divico A.
Gaffuri, Domingo
Galíndez Santiago J.
Galli, Santiago A.
Galmarini, Alfredo G.
Gandía, Enrique de
Gandolfi Herrero, Arg-ugusto
Gandolfo, José S.
García Mata, Rafael
Garlan, Andrés E.
Garzoni, Carlos A.
Garralda, José
Gaspar, Fernando L.
Gatti, Alfredo B.
Gaudy, Fernando
Géneau, Carlos E.
Gerardi, Donato
Gianolini, Néstor O.
Giagnoni, Bartolomé E.
Giannone, José
Georgii, Walter
Giovaneli, Jorge A.
Giusti, Leopoldo
Glucklich Feliz, Arturo
Goldenhorn, Simón
Gollán (h) José Santos
González Beaussier, Carlos
González del Solar, A. G.
González Domínguez, Alberto
González, Emilio L.
Gorostiaga, Roberto
Gorriti, Fernando
Grandi Alberto L.
Graziani, Luis R
Grunwaldt, Enrique G. M.
Guerrico, Adolfo O.
Gutiérrez Acha, Alfredo
Gutiérrez, Ricardo J.
Gutiérrez Salinas, Jorge B.
Hasperué Horacio E.
Herbin, Luis A.
Hermitte, Enrique Martín
Herrera Vegas, M.
Hernández Angel G.
Herrmann, Gustavo G. C.
Herzer, Bernardo
Heymann, Roberto G.
Hickethier, Carlos F.
Hoebeke, Luis
Hofmann, Herbert
Holmberg Eduardo
Hoyo, Arturo
Hoxmark, Guillermo
Igartúa, Luis María
Iglesias, Héctor V.
Imbriano, Aldo E.
Incollá José
Irigoyen, Luis H.
Isella, Carlos
Ivanissevich, Ludovico
Ivanissevich Machado Antonio
Jacobi, Carlos
Jauch, Clotilde
Jakob, Christofredo
Jorge, José M.
Joselevich, José B.
Justo, Andrés

Kapus, Ervin E.
Kempny, José Carlos
Kinkelin Pelletán, J. C. de
Klein Alberto
Kolungia, Carlos A.
Konzewitsch Nicolás
Kooy, Mauricio, van der
Kostevitch, Miguel M.
Kraglievich Lucas J.
Krapf, E. Eduardo
Lagunas, Simón
La Menza, Francisco
Lanusse Antonio R.
Laplaza, Florián
Larco.Esteban
Larguía Escobar Constancio
Lassalle Gerardo M.
Lasso, Alfredo F.
Latzina, Eduardo
Leanza, Armando F.
Leggiero, Roberto
Leguizamón Pondal, M.
Leiguarda, Ramón H.
Liebermann, José
Liceaga, Jorge A. Ig.
Ligniéres, Roberto
Lijtmaer, Salomón
Linch, Tomás F.
Liserre, Guido O. S.
Lizer y Trelles, C. A
Lóizaga, Niceto S.
Longhini, Pedro
Longobardi, Ernesto
López García, Andrés
Llambías, Mario R.
Llorens Pastor José E.
Mac Lean, Héctor C.
Mackinlay Zapiola Matías N. F.
Maggi Juan E.
Mallol, Emilio
Manera, Edmundo
Marcó del Pont, E.
Marchionatto, Juan B
Marcovich Rafael
Mari, Carlos A. J.
Márquez, Mario José
Marotta, F. Pedro
Marotta, R. Armando
Martignone, Eduardo
Martinelli Ernesto A.
Martínez Dalke, Luis M
Martínez, Rodolfo
Martínez, Osvaldo I.
Martínez Vivot, Raúl J.
Martucci, Jorge A.
Martino Cándido C.
Mc Loughlin, Roberto P.
Medina, Antonio M.
Melo, Leopoldo
Mendiondo, Pedro
Meoli, Humberto
Mercau, Agustín
Meriggi, Juan C.
Mermoz, Francisco A
Mestorino, Elisa B. B. de
Miccio Peralta, Luis R.
Michaud Carlos
Migliarini Justo J.
Migone, Luis V.
Molfino, José F.
Molinari, Horacio J.
Molle, Clotilde C.
Moragues Bernat, Jaime
Moragues, Miguel
Moreno, Marco A.
Mouchet, Enrique
Moyano, Braulio
Muhlmann, Miguel M.
Mulleady, Ricardo T.
Mundt, Gualterio A.
Mussolino, Rodolfo R.
Nágera, Juan José
Najún Luis
Natale, Alfredo
Negrete, Lucía
Negri, Mario L.
Negroni, Pablo
Noir, Beatriz A.
Noni, Arturo
Nürnberg, Zacarías M
Ogloblin, Alejandro
Olguín, Juan
Oliveira Esteves, J. V. d'
Olivera, Carlos E.
Ortiz de Rosas, Jorge
Otamendi, Gustavo
Ottonello, Héctor
Ottonello, Néstor J
Páez, José M.
Pagliaro García, Domingo
Paitoví Oscar E.
Palau Mario J.
Palazzo, Pascual
Panighini Ernestina S.
Parel, Clovis A. M.
Parodi, Edmundo
Parodi, Lorenzo R.
Parodi, Raúl
Pasman, Raúl G.
Pasqualini, Clodoveo
Pastore, Franco
Patalano, Alfredo
Paz Anchorena, José M
Pedace, Eduardo A.
Penazzio, Oscar
Peña, Guillermo A.
Perazzo, Roberto J.
Pérez Amuchástegui Carlos M.
Pérez del Cerro, Carlos A
Pérez del Cerro, Luis E.
Pérez Martínez, Aníbal
Perren, Jorge E.
Perrone, Cayetano
Pessagno Espora, Mario
Pestalardo, Agustín
Petre, Martín F.
Pini, Aldo S.
Piovano Abelardo P.
Pistarelli, Julio A.
Plá, Cortés
Podestá Costa, Luis A.
Polledo, César M.
Portillo, Gregorio A.
Posadas, Carlos
Prestera, Oscar A.
Primo Leandro J.
Puchulu, Juan F.
Puente, Francisco de la
Pujals, Emilio
Quijano, Octavio M.
Quinos, José Luis
Radice, María M.
Ragonese, Arturo E.
Raitzin, Alejandro
Ramaccioni, Danilo
Ramallo, Carlos M.
Ranwez, Gustavo
Rathgeb, Alfonso
Rathgeb Eckhardt
Raver, Ignacio
Re, Pedro M.
Rebuelto, Emilio
Reece, William Asher
Rezzani, José María
Richterich, José
Riggi, Agustín E.
Roca, Miguel C.
Rodríguez Jáuregui, Carlos C.
Rodríguez María Luisa
Rodríguez, Miguel
Romano, Nicolás
Rosas, Agustín
Rosauer, Rodolfo E.
Rosenbusch, Francisco
Rossell Soler, Pedro
Rotaeche, Juan
Rotondaro Antonio A. J.
Roveda, Alberto A.
Roverano Rómulo R.
Rovira, Antonio
Ruata, Luis E.
Ruíz Moreno, Adrián
Ruiz Moreno, Isidoro
Rus, Carlos H.
Rusconi, Carlos
Sabaria, Enrique
Sáenz, Arturo F.
Salazar Luis María
Salerno (h.), Blas
Salomón, Hugo
Sampietro, Adolfo D.
Sánchez Díaz, Abel
Sánchez, José Ricardo
San Martín, Salvador
Sanna Julio E.
Santos Rossell Carlos
Saralegui, Antonio M.
Sardina Dagoberto A.
Sarrabayrouse, Eugenio
Sastre, Marcos (h.)
Savalan, Dikris
Sbarbi, Mario A.
Schaw, Enrique E.
Schleich, Bernardo E.
Schnack, Benno J.
Schneider, Otto
Schulz, Guillermo
Segura, Roque
Sesma, Angel
Silveyra Ricardo
Simonoff, Miguel
Simons, Hellmut
Sirotzky, David
Sisto, Emilio E.
Snitcosky, Benjamín
Sobral, Arturo
Solari, Emilio F.
Solari, Miguel A
Soldano, Ferruccio, A.
Soler, Frank L.
Somonte, Eduardo
Sordelli, Alfredo
Spinetto, David J.
Spota, Víctor J.
Stoppani, Andrés O. M.
Storni, Carlos D.
Strada, Luis Oscar
Strattner, Juan R.
Szabó Ladislao
Taglioretti, Rodolfo C.
Tausend Pablo P. L.
Tejo Abelardo
Tello, Eugenio
Torre Bertucci, Pedro
Tortorelli, Lucas A.
Tossini, Luis
Traversi. Blanca A.
Trelles, Rogelio A.
Turdera, Raúl D.
Valeiras, Antonio
Valentini, Argentino
Valentinuzzi, Máximo
Valerdi Carlos J.
Vallejo, Segundo E.
Vanossi, Reinaldo
Vaquer, Antonio
Varela Gil, José
Vela Huergo, Julio
Verdier, Pablo A.
Vignati, Milciades A.
Vignaux, Juan C.
Villalobos Domínguez, Cándido
Villanueva Guillermo A.
Viticcioli, Fernando
Voilajuson, Julián
Volpi, Carlos A.
Wainer, Jacobo
Wauters, Carlos
Wauters, Jorge E.
Weil, Pedro A.
Wencelblat Nicolás R.
Wunenburger, Gastón
Westerkamp Federico T.
Williams Thomas J.
Ygobone, Aquiles
Záccara, Juan José
Zamboni, Agustín
Zamora Clemente A.
Zanetta, Alberto
Zappi, Enrique V.
Zelasco, José F.
Zuloaga, Angel M.